El Motín

AÑO XIX NÚM. 38 — REDACCION Y ADMINISTRACION, RUIZ, 4, BAJO — 22 SEPTIEMBRE DE 1900

EL MOTÍN

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid y provincias, trimestre 1,50 pesetas. —Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año.—Número suelto, 10 céntimos.—Atrasado, 25.—*Corresponsales*, 25 números, 1,50 pesetas.

NO MATAR

Lentamente agonizaba el desdichado en medio de los más crueles sufrimientos. No había esperanza. Aquella terrible agonía era el término fatal, necesario, previsto de una enfermedad inexorable. En el paroxismo del dolor solicitaba la muerte como la suprema gracia que pudiera ya aguardar de la humana piedad.

Agrupada en torno del lecho formaba la familia un cuadro de desolación. Allí la esposa, los hijos, seguían anhelantes las peripecias de aquel drama sombrío. Y, ¡cosa horrible!, ellos también habían llegado á desear el desenlace, único que podía poner término, con la vida del enfermo, á sus infernales torturas.

Inmóvil, cruzados los brazos, contraído el semblante, el médico semejaba la estatua de la impotencia. Oprimía su corazón el amargo sentimiento de la vanidad de la ciencia, que enseña á prever el mal sin mostrar la manera de impedirle. Y ante las fervientes invocaciones del agonizante, ante las mudas pero expresivas súplicas de la desolada familia, contentábase con mover lentamente la cabeza, con ademán de profundo abatimiento.

—No puedo—se decía.—Si la conciencia no me enseña á curarle, el deber me veda darle muerte. No basta que él y los suyos quieran; no por eso dejaría, matándole, de ser un homicida. Yo debo, al contrario, prolongar la vida y luchar contra la muerte, aun allí donde esa lucha es ya inútil é insensata. El deber va más allá que la esperanza. El «no matarás» es absoluto, incondicional; no admite excepciones ni distingos. La propia humanidad no basta para justificar el homicidio.

Aquel médico era hombre, además, y aún antes que sabio. Fuera ya de la morada del enfermo su conciencia fué agitada por rudo combate.

—¿He hecho bien? ¿He hecho mal? ¿No soy yo responsable de los tormentos de ese desgraciado? ¿No estaba en mi mano dulcificar sus últimos tormentos y hacerle menos duro el lance postrero? ¿Qué era ya su vida, para él y los suyos, sino un infierno de dolores? ¿Es razonable sacrificar los deberes de la piedad á la absurda expectativa del milagro? ¿Debe el seco imperativo de una regla abstracta hacer enmudecer la voz de la compasión que enternece el alma y conmueve las entrañas? ¿He procedido yo como un hombre de bien ó como un ciego fanático, idólatra menguado de las preocupaciones dominantes?

De tal suerte embargaban estas crueles perplejidades el ánimo de nuestro buen doctor, que sólo el tumulto de una gran muchedumbre que se agitaba en torno suyo pudo sacarle de su ensimismamiento, revelándole el lugar en que se encontraba. Hallábase en medio de una ancha explanada. Por encima de las tapias de un edificio vasto y sombrío, destacaba, sobre el fondo azul de un cielo de primavera, la odiosa silueta del patíbulo. Aquel era el escenario del espectáculo que aguardaba impaciente la multitud.

Pronto apareció el reo en el centro de un grupo. A su lado un sacerdote pretendía ayudarle á bien morir. En la plenitud de su salud y de sus fuerzas, aquel desventurado, al borde del sepulcro, parecía adorar la vida que iba á abandonarle. Miraba al cielo, miraba al sol, miraba la campiña cubierta de un ligero manto de verdura. Aspiraba con ansia el aire fresco de la mañana. Acaso se preguntaba confusamente cómo era posible morir así, sin voluntad, sin enfermedad, sin motivo, en medio de los esplendores de la Naturaleza viva, por sentencia de los jueces y arbitrio de los hombres.

Hízole el sacerdote la exhortación postrera. El verdugo, por un increíble sarcasmo, le pidió perdón de la muerte que aun no le había dado. Sentáronle en el banquillo, cubrieron su rostro, dió vuelta el tornillo homicida, y todo quedó consumado.

—No matarás—murmuraba entretanto nuestro doctor;—no matarás por deber, por conciencia, por humanidad. No matarás, aunque la muerte, anticipada por tu mano, signifique la redención. No matarás aún allí donde la vida es el tormento y el martirio. No matarás ni aun al que de ti solicite la muerte como una gracia. Pero si á la sociedad conviniere y tú fueres juez ó verdugo, no te detengas ante la exuberancia de la salud, ante el anhelo del vivir, ante la protesta del instinto. Si á la sociedad conviene, mata.

Y al alejarse, su semblante, más bien que enojo, expresaba una desdeñosa conmiseración.

ALFREDO CALDERÓN

CRONICA

Ya sabemos todos que el pueblo actual, nacido en esta generación, no se subleva por un artículo escrito en tonos más ó menos vivos. Pueden dormir tranquilos con esta idea los señores fiscales.

Hace cuarenta ó cincuenta años, quizá fuera suficiente un editorial de periódico en forma de soflama para que se formasen barricadas y para que tirios y troyanos anduvieran á la greña por las calles.

Hoy el progreso, que todo lo reforma y modifica, ha desterrado de los usos y costumbres políticas tales antiguallas.

Las gentes, que se han hecho ya muy sensatas y prudentes, exclaman

torciendo el labio con severo gesto

al leer un fondo revolucionario y levantisco: «¡Bah, hueras declamaciones de algún trasnochado soñador!», y los que se tienen por más entusiastas, se limitan á decir: «Tiene razón; es la verdad; muy bien dicho»; pero sin pasar de ahí.

¡Luego dicen que pasó la época de la filosofía estóica! No sé qué mayor estoicismo se quiere.

No obstante, los gobiernos, que saben esto, andan á cada paso y con cualquier pretesto, por trivial que sea, suspendiendo y restableciendo eso que en la monserga del lenguaje político convencional se llama «garantías constitucionales»; como si aquí les fuera necesario á los mandarines para hacer á su antojo mangas y capirotes de todo, privar temporalmente al país de unos derechos de que jamás hace caso, que tal vez desconoce en absoluto ó si los conoce los desprecia.

No; tranquilamente y sin temor de ningún género, pueden los gobernantes hacer lo que quieran, sin cuidarse de lo que en la Constitución se consigne en tal ó cual artículo con respecto á garantías y derechos populares.

El pueblo se ha hecho ya muy razonable. Consiente todo. En su consorcio con la cosa pública, dice filosóficamente, como el personaje de la comedia clásica:

Y seré tan buen marido
que será vergüenza verme:

Aparte de que al país, al pueblo, propiamente dicho, no le queda ni el recurso de vanagloriarse diciendo que los gobiernos toman de vez en cuando tales precauciones por temor á él. No; lo hace por los periódicos; y no por todos, por algunos, muy pocos. Y resulta inútil la precaución, porque como los curas, los frailes y los jesuítas tienen prohibida al pueblo su lectura, no los lee.

Decir por ahí, como dicen algunos, que el gobierno suspende las garantías constitucionales por temor á la opinión pública, por miedo al pueblo, y que las restablece cuando tales temores pasan porque el pueblo depone su actitud hostil, es una majadería ó un alarde de ridícula adulación y servilismo.

¡Valiente caso van á hacer los que mandan de ese buen pueblo, de ese razonable pueblo, al cual conocen de sobra por larga experiencia, y del que saben que contra la única autoridad que tiene protestas enérgicas, frases duras, gritos destemplados y puños y palos por alto, es para el pobre concejal de tanda en la presidencia de los toros cuando no sabe dirigir con acierto las diferentes suertes de la lidia.

Sí; la mitad del escándalo que se armó en la plaza de toros contra la autoridad del concejal en la última novillada y en la primera corrida de abono de la segunda temporada, hubiera bastado en la Puerta del Sol para hacer caer á un gobierno en cualquiera de las ocasiones que ha dado motivo para ello, que han sido bastantes.

El pueblo, el buen pueblo es así. Que le lidien á él como quieran los gobernantes; pero ¡ira de Dios! ¿lidiar en la plaza un toro del Duque bizco del derecho ó cojo de la pata izquierda?... ¡Un demonio! Antes arde Troya.

JOSÉ CINTORA

Tristes verdades

En 15 de Julio pasado, y en un artículo titulado *Nuestro calvario*, después de relatar los abusos y arbitrariedades del poder, los procesos, y los miles de duros perdidos en recogidas arbitrarias, dijo *Demófilo*:

«A NUESTROS SUSCRIPTORES

Sin embargo, nuestros lectores lo saben: nosotros hemos sufrido solos todo ese estrago. *Las Dominicales* no ha abierto suscripción ninguna para que el público le ayude á sostener esas cruentas campañas.

Pero hay más todavía: la inmensa mayoría de los suscriptores ha dejado durante ese tiempo de abonar la suscripción.

Las Dominicales ha sido una publicación de carácter excepcional, cuya administración tenía que separarse de lo ordinario. Nosotros tenemos dada esta orden:—No dejar de enviar el periódico á ningún suscriptor aunque no pague, á menos que lo reclame expresamente en carta.

Y á tal punto se ha seguido esa regla, que no se ha retirado la suscripción aún á aquellos que devolvían los giros que antiguamente se acostumbraba á hacerles. Así, no ha faltado alguno de ellos que al recordarle su débito de seis ó siete años de suscripción, haya dicho al pagarlo:—Perdone usted á este eterno tramposo.

En el espíritu de bondad en que está inspirada esa frase, ha estado inspirada nuestra relación con los suscriptores. ¿No pagaban? Alguna causa mayor habría; pero puesto que eran librepensadores no habían de querer privarse de la lectura del periódico.—Mandárselo, que pagarán cuando puedan—era nuestra constante respuesta al preguntarnos sobre esto. Lo importante era que la semilla cayera en buena tierra, mientras el periódico pudiera materialmente sostenerse.

Pero, por lo mismo, comprenderán ahora nuestros queridos suscriptores que nuestras fuerzas de resistencia, por grandes que hayan sido, tienen que estar muy quebrantadas. Nosotros les rogamos, por tanto, que, apenas lean estas líneas se tomen el trabajo de girarnos el importe de sus débitos. Si no lo saben, envíen lo que aproximadamente crean deber y aquí se les abonará en su cuenta. Los que no puedan mandar todo, por ser muchos los años que deben, envíen lo más que puedan. Es un deber de conciencia y de consideración, que no puede excusar el que se precie de librepensador.

¡Ah, que no se les pueda aplicar el dictado de *desertores* que acaba de echar en el rostro Romero Robledo á los republicanos!

Conste que *Las Dominicales*, lejos de desertar, ha sufrido el martirio por defender la libertad contra las persecuciones brutales de todos los ministerios, incluso de los en que formaba parte Romero Robledo, tan valiente hoy de lengua, seguro como está de que nadie ha de molestarle.

A LOS LECTORES

Alguna alma hermosa ha propuesto en un periódico de provincias, abrir una suscripción pública para acudir en apoyo de las perseguidas *Dominicales*.

No; eso no puede ser. *Las Dominicales* vivirá como hasta aquí, de sus propios medios, con plena y absoluta independencia, ó no vivirá.

Pueden, sí, nuestros habituales lectores, tan buenos, tan entusiastas, tan deseosos de que no les falte este órgano de sus más íntimos sentimientos, ayudarnos de un modo digno de ellos y de nosotros, y es, adquiriendo libros ó folletos de nuestra biblioteca, con lo que contribuirán á la difusión y propaganda de nuestras ideas.

Nosotros agradeceremos, en tal concepto, que todo lector que pueda disponer al menos de cincuenta céntimos, los aplique á este objeto entregando al efecto á nuestro corresponsal nota de los libros ó folletos que desee, con el correspondiente importe, y ya le serviremos por el corresponsal.

Aquéllos que se distinguen por sus entusiasmos fervorosos, nos harán la merced de excitar, no sólo á los lectores, sino á otros obreros, á prestar este servicio á la publicación que tanto lo ha por elevarlos y dignificarlos.

Los corresponsales que, en su gran mayoría sirven no por interés sino por devoción al periódico, esperamos que han de cooperar á este objeto propagándolo entre sus parroquianos y remitiéndonos relacionados los pedidos que reciban—después de esperar tres ó cuatro días—acompañados del importe, ya que hayan descontado los gastos de giro y correo.

No dudamos que suscriptores, lectores y corresponsales nos consagrarán unas horas de atención para ver la forma de prestarnos con la mayor eficacia y celeridad posibles, el servicio que les pedimos.»

Reflexiones sobre este artículo:

Que hayan dejado de leer muchos republicanos EL MOTÍN, se concibe, dada la pequeñez de miras del mayor número: yo he combatido á los ídolos y me he burlado de muchas ridiculeces de los idólatras. ¿Quién no se proporciona la dulce satisfacción de vengarse, disminuyendo además su presupuesto de gastos en dos reales al mes?

Pero que se hayan portado con *Demófilo* de igual manera, esto es lo que no tiene explicación. El no ha combatido personalmente á nuestras lumbreras; él ha visto en las medianías de nuestro partido condiciones aprovechables y en el pueblo virtudes indiscutibles, que yo no he alcanzado á ver; él ha supuesto que bastaba ser librepensador para ser justo, mientras á mí me han parecido unos solemnes mamarrachos muchísimos librepensadores, y, lo que es peor, lo he dicho; él, en fin, no ha tenido más que palabras de bondad para los que creía animados de sus mismos sentimientos.

Muchas veces, al leer sus escritos, he pensado en el tiempo y el talento malgastados por *Demófilo* en una labor intelectual que no era, que no podía ser comprendida por aquéllos en cuyo favor la hacía, y que le ha producido: pérdida de una carrera decente, prisiones, destierros, quebranto de intereses, calumnias y sinsabores de todas clases, para acabar pidiendo casi por favor á sus suscriptores que le paguen los años atrasados que le deben, y á sus lectores que le compren á vil precio de papel viejo las obras de propaganda que ha editado. ¡Y todavía les llama buenos, entusiastas, cuando yo los llamaría todo lo contrario!

No confío mucho en el llamamiento que ha hecho á sus lectores y suscriptores. Soy tan práctico en estas cosas, y he ensayado tantas para salir adelante, que casi me atrevo á sostener que he sufrido más fracasos en la parte económica que en la política.

Entre nosotros puede encontrarse hoy un hombre dispuesto á hacerlo todo; con quien no puede contarse es con la masa; se han invertido completamente los términos. Como nadie cree firmemente en nada, se excusan todos de hacer el menor sacrificio.

A otro, que no fuera á luchador tan valiente como *Demófilo*, le diría: «No hay que desmayar. A él no; sería ofenderle.

IDEM IDEM

El *Progreso* de Alejandro Lerroux dice en su último número lo siguiente:

«No nos humilla la pobreza, ni nos arredra el luchar para vivir y dar vida al periódico, con todo linaje de penurias. Para más altas empresas tiene alientos nuestro espíritu. Nadie nos habrá visto flaquear un solo momento.

Nacimos sin capital y sin él vivimos. Hacer un periódico cuando sobran los recursos, es cosa fácil para periodistas aguerridos, que además transigen con el medio y contemporizan con las mentiras convencionales. Hacerlo cuando se sirve á un amo que paga, á un partido que sostiene, á un programa cerrado ó iglesia militante que cuenta con devotos, no es empresa fácil, pero tampoco imposible. Lo difícil es hacerlo sin una peseta, sin un amo que pague, sin un partido que ayude, sin una iglesia que abra cepillos pedigüeños á la generosidad de los fieles, para nutrir al periódico de su devoción.

Y esa ha sido nuestra labor, labor heroica, lo decimos con arrogancia, porque en ella hemos estado solos y mediante ella hemos hecho un periódico que no tiene par en España, ni por su tendencia, ni por sus originalidades, ni por su sinceridad, ni por sus bríos, ni por su modo de luchar y de resistir todas las adversidades.

No tenemos amo, ni le queremos; no tenemos partido, ni nos hace falta; no tenemos programa, porque no caben nuestras convicciones en el de ninguna escuela definida.

A los unos les hemos disgustado, como se disgusta al caracol cuando se le arranca su cáscara; á los otros les hemos inspirado recelos, porque íbamos demasiado allá; á los otros no les hemos infundido confianza, porque no nos hemos declarado socialistas según Marx, comunistas según Kropotkine ó anarquistas según Bakounine. Y, sin embargo, véase nuestra colección, donde no hay una palabra que no se encamine al triunfo de la justicia social, á la condenación de la mentira, á la defensa de los explotados, á la unión ó mancomunidad de fuerzas de los combatientes por el progreso moral y material del linaje humano.

Hemos encontrado pocos, pero algunos bolsillos abiertos á nuestra necesidad. Si no, ¿cómo hubiera vivido el periódico? En dieciocho meses de existencia y 80 números de publicación, hemos tenido que apuntalar el «Progreso» con más de 10.000 pesetas sobre sus naturales exiguos productos, exiguos por el abuso de los que le reciben y no le pagan y por la rapacidad de muchos—no todos—de los corresponsales.

Algunos censurarán esta claridad de nuestro lenguaje, porque es torpe táctica, porque no debe exhibirse la miseria, porque la miseria repele. ¿Cómo qué? Arte allá los que nos abandonan por pobres, los que prefieren la hipocresía de los «100.000 ejemplares» puesta en gruesos caracteres en el frontis del número, á la sinceridad y á la franqueza del que dice: «esto tengo y esto puedo». «Esto valgo» no lo podemos decir nosotros, que nos estimamos en fabulosa cantidad; como que no encontramos unidad para término de comparación.

Por otra parte, vivimos aislados, en una soledad que sería encantadora si no fuera letal. La «funesta manía» de pensar por cuenta propia y de decir la verdad como nos cumple y según nuestro juicio, así al amigo como al adversario, al individuo como á la colectividad, al periodista como á los periódicos, al jefe como al subdito, al grande como al humilde, nos ha creado la ojeriza de muchos y la enemistad de la prensa. Jamás se verá en sus columnas citado el nombre del «Progreso» ni se le hallará en componendas mediante las cuales hoy se hacen carocas y se trabajan el artículo «El Imparcial» y «El Español», como «El Liberal» y el «Heraldo de Madrid».

De este modo el «Progreso», que es sin embargo el periódico más leído en todas las redacciones, y sus redactores muy estimados particularmente en casi todas, el «Progreso», que se da el gusto de vivir en absoluta independencia, vive de milagro, va tirando sus hojas á costa de mil fatigas y debe más que el Estado.

Debe á todo el mundo, digámoslo con nuestra habitual franqueza, ó, si ustedes gustan, con el cinismo del que á todas estas miserias se cree superior. Tiene imprenta, y la debe; tiene casa, y la debe; tiene redactores y colaboradores, y no les paga. ¿Con qué les ha de pagar?

Y, sin embargo, vive. Más todavía: vivirá. Todavía más: hará un esfuerzo supremo y será diario. También puede suceder que se reduzca á quincenal, ó mensual, ó trimestral; pero vivirá ¡vive Dios!, vivirá mientras nos queden alientos, razón y pluma para escribir. Y si sucumbe, ¿qué? Antes lo habremos agotado todo, todo.

¿De qué se nos acusará? ¿Quién se atreverá á escribir sobre la tumba del «Progreso» un epitafio deprimente? ¿Cuáles son nuestras culpas y pecados? Si hay alguien que, puesta la mano en su conciencia, nos crea dignos de censura, nosotros presentaremos nuestras ejecutorias; la pureza de nuestra vida doméstica, hogares donde se vive con exagerada modestia, compañeras de nuestra vida que nos sostiene en la penuria con su valiente y virtuosa resignación, dedos sin anillos, que ostentan hoy hasta los más ruines; bolsas escurridas; que podíamos tener hinchadas, como tantos otros, á costa de la dignidad; una labor diaria que comienza á las ocho de la mañana y termina á las ocho de la noche; una colección de 80 números del periódico que pregona nuestra audacia, integridad y fortaleza; muchos acreedores, muy pocas alegrías, y á pesar de todo esto, á pesar de toda una juventud sacrificada y un porvenir muy obscuro, ni nos quejamos ni maldecimos.

Los periodistas políticos ó de partido tienen la esperanza de ser mañana gobernadores de Granada ó de Jaén. Los periodistas sectarios, que ven crecer su clientela merced á sus honrados esfuerzos, confían en vivir dignamente del producto de sus periódicos. Pero nosotros, que no tenemos partido ni pertenecemos á secta, ¿en qué esperamos?

De locos se nos tacha; preferimos ser locos á canallas. Se nos acusa de acudir con demasiada frecuencia al bolsillo ajeno; preferimos ser pedigüeños que explotadores de las ideas ó estafadores.

Y si hay quien tenga algo más que decir, que lo diga. Para todos tendremos la más adecuada respuesta.»

Aquí no caben comentarios, sino preguntarle al partido republicano:

«¿Quién tendrá idea de que existes el día que tus defensores más entusiastas vayan sucumbiendo ó buscando en otros campos medios para seguir luchando por la verdad y la justicia?»

Si te quedan oidos para oir, oye.

FAVOR QUE PIDO

Cada vez que veo á un náufrago de la prensa republicana luchando desesperadamente con las terribles olas administrativas, le arrojaría de buena gana un cable.

Y por esto, al leer los artículos de Lozano y Lerroux, se me ha ocurrido lo siguiente:

Como el que se hubiese preparado para dar la vuelta al mundo y por circunstancias ajenas á su voluntad se hubiera quedado en Getafe, yo me había preparado para tirar millares y millares de sellos acudiendo al mejor grabador y empleando el mejor procedimiento.

La plancha está hecha y pagada, y es lástima haber empleado una cantidad relativamente grande para tirar sólo 20.000 sellitos.

Algunos republicanos me han dicho que los sellos les parecían caros, olvidándose del objeto á que se destinaba su importe.

En su vista; ¿quieren *Las Dominicales* y el *Progreso*, ya que la tirada de cada millar de sellos cuesta ahora muy poco, tirar unos cuantos millares, y en vez de venderlos á 25 céntimos, como cada sello marca, fijarles el precio de diez, ó de cinco si todavía les pareciere caro, para ver si así podían ayudarse un poco?

Es posible que ni siquiera á ese último precio los adquirieran nuestros queridos correligionarios; pero nada se pierde con probar.

Estoy, pues, á las órdenes de Lozano y de Lerroux, si la proposición no les molesta, que creo que no siendo yo quien se la hace; pues no hay lugar á la sospecha de que quiera echármelas con ellos de protector ni de generoso de á perro chico, (ó grande á lo sumo), pudiéndome ellos cantar con justicia esta coplilla:

Cantaba un ciego
á la puerta de un cojo:
«Si me das una puta
te daré un ojo.»

JOSÉ NAKENS

LOS VENGADORES

Veía yo con pena la vida anémica, triste y llena de zozobras que arrastraba la prensa radical y honrada, cuyos inspiradores, imitando á los héroes de las Thermópilas, luchaban y aún luchan por impedir el avance de la reacción, gastando sus energías todas por la redención de un pueblo ingrato; veía á esos atletas sufrir con entereza hambre y sed, desnudeces y encarcelamientos, destierros y emigraciones, sin cejar un ápice en su lucha de titanes, rodeados de la jauría clerical y burguesa y de las masas estúpidas que miraban con indiferencia los sacrificios de los buenos, sin que las fibras de las muchedumbres se contrajesen, ni sus carnes palpitasen, ni sus corazones latiesen, ni auxiliasen en lo más mínimo á los que, haciendo de las plumas lanzas, arremetían una y otra vez y ciento, contra los negros escuadrones del pasado, resucitados al presente por la mogigatería de la restauración borbónica, sostenidos por la burguesía explotadora, y alimentados por el sudor de ese pueblo imbécil que berrea en los rosarios, rebuzna en las romerías, patalea en las juergas místicas, se emborracha en honor del santo patrono, y vitorea instituciones que le arrebataron sus hijos para hacerlos morir de hambre ó enfermedad en lejanos países.

Miraba con sorda irritación la muerte de periódicos, mejor dicho, de adalides de la justicia, si modestos, no por eso menos dignos que los de gran circulación, que precedió á la de *El Ideal* de Santiago, *La Democracia* de Logroño, *El Demócrata* de Jerez, y otros, considerando sobre la conducta asquerosa de los republicanos *ojalateros* que en las mesas de café y al oído comentan la subida de la ola de cieno jesuítico, sin procurar atajar su marcha asoladora, por miedo ó consideración á las enaguas; maldecía el proceder de ciertos bacines del republicanismo que pasan por santoncillos entre algunas agrupaciones de igorrotes, que se niegan á recibir EL MOTÍN y *Germinal* en Almería, porque sus señoras se lo prohiben, y me preguntaba mentalmente si no aparecería con el tiempo quién ó quiénes castigasen tanta ingratitud y estupidez tanta, vengando de paso á los luchadores muertos, á los héroes heridos, á los valientes olvidados, á los fuertes despreciados, á cuantos expusieron su libertad, su fortuna, su vida, por la vida y la libertad de un pueblo que no apreciaba los sacrificios.

Hoy estoy contento, respiro con delicia, río como un loco, y veo con fruición aparecer los ángeles vengadores, no con las galas naturales con que los adornaron los maestros de la pintura, sino con amplios sayales, enormes capuchas, ceñidas tocas, avanzando en legión sagrada, husmeándolo todo, tentándolo todo, metiendo las narices en todas partes, apoderándose de voluntades y dinero, captando herencias y convirtiendo en proletarios á los hijos de los propietarios, quitando el pan al pueblo bestia y las hijas á los liberales necios.

¡Oh, jamás pude imaginar que los enemigos que la prensa honrada combatía, habían de ser sus mejores vengadores! Ellos, desmintiendo á los que de vagos los motejan hacen zapatos, embutidos, quesos, brague

Ayuntamiento de Madrid

ros, chocolate, alpargatas, licores, corsés, elixires medicinales; conciertan matrimonios, prestan sus servicios en los partos, se apoderan de cárceles y hospitales; hacen cuadros, tienen máquinas fotográficas, y pronto serán abogados, médicos, jueces, albañiles, barrenderos, telegrafistas, procuradores, modistos, cómicos (ya lo son) albardoneros, diputados y barberos.

Gozo de indecible manera oyendo el clamoreo que en muchas poblaciones levantan zapateros y sastres, chocolateros y licoreros, alpargateros y amigas correveydiles, corseteras y ribeteadoras, comadronas y enfermeras, empleados, cesantes, y todos cuantos ven en peligro los garbanzos de que poco á poco se van apoderando los benditos del Señor, y bendigo á éste por su bondad concediendo al pueblo lo que se merece: el castigo á su imbecilidad y su barbarismo. ¿Arrecia el hambre? Pues en el Brasil esperan gente: las riberas del Amazonas, desde Perú hasta las fuentes del Marañón, son fértiles, pero incultas. Marchad allá, cultivad, roturad las selvas vírgenes, construid ciudades, desecad pantanos, abrid vías de comunicación; y cuando os enriquezca el trabajo, cuando empecéis á saborear el fruto de vuestros afanes, si sois tan imbéciles como aquí, aparecerán entre vosotros políticos rastreros que os robarán, y la legión negra irá á apoderarse de lo vuestro, empujándoos más allá, obligándoos á cederles el paraíso construído para trocarlo por las cuevas de los ángeles.

En tanto, ¡ahullad hambrientos! España es de los frailes y para los frailes. ¡Benditos sean los vengadores que vienen en nombre del Señor!

¡Mártires del progreso: ya estáis vengados!

IGNACIO RODRIGUEZ ABARRATEGUI

Los tiempos que corren son buenos para los traidores, los pillos, los truhanes, los usureros, los abogados sin conciencia, los médicos sin entrañas, los curas de mal instinto, los grandes empresarios, los capitalistas, los inquisidores, los paniaguados de los ministros y altos personajes y los amigos de las mujeres de éstos, las nulidades, los zopencos, los idiotas, los farsantes, los hipócritas, los parásitos, y todos cuantos tienen suficiente desparpajo para poner á precio su conciencia y su honor.

PABLO ESTRANY

CUESTIÓN ANARQUISTA

A UN LIBERTARIO

En Zaragoza.

Al publicar mis dos artículos, titulados *El anarquismo*, no fué mi ánimo molestar á ninguna personalidad de esta agrupación, ó partido, tan respetable para mí como todos los demás. Es más; si me viese en la alternativa (y entiéndase bien mi afirmación), de elegir entre el anarquismo laico, tal como legalmente aparece en la vida política, y el anarquismo católico, me uniría sin vacilar al primero.

Son para mí más criminales, cien mil veces más criminales que los anarquistas que nos ocupan, los sostenedores y partidarios de la llamada Santa Inquisición. Estos obraban sobre el poder oficial; se gozaban en el sufrimiento de sus víctimas; las confesaban y les hacían tragar con la mayor pompa el Dios á nombre del cual eran arrojadas á la hoguera. El robo era siempre el complemento del crimen; crimen no solamente impune, sino santificado. Aquéllos, por el contrario, persiguen un ideal, en su concepto elevado y de común beneficio; no roban y responden con su vida de sus actos.

Luisa Michel en Francia es un angel al lado de Catalina de Médicis; Ravachol un santo al lado de Carlos 9.°, de los duques de Guisa, del cardenal de Angulema, y tantos y tantos otros de igual calaña.

Salvador en el teatro de Barcelona es un bendito al lado de Rosas Samaniego en Igúzquiza; de Saballs en Olot; del cura Santa Cruz, de Fernando 7.°, de los dos Carlos, y tantos y tantos bandidos como les ayudaban.

Y Pallás, ante Martínez Campos, es un Angel de la Guarda al lado de Cabrera en el Maestrazgo; de Dorregaray en Cirauqui; de Moreno, traicionando á su cuñado Torrijos; y de los papas, en fin, que han bendecido tantos crímenes y han santificado á tantos criminales.

Pero no se crea por esto mi conformidad con el anarquismo, por más que yo sea anarquista á ratos, al ver obstruídas las vías legales. El crimen no lo encuentro nunca bastante justificado.

Al escribir yo mis artículos acentué de propósito algunos conceptos para tirar de la lengua á los competentes en la materia; lo he conseguido y me felicito de ello. El asunto es de suyo escabroso, y no me extraña que mi contrincante no entre en el fondo de la cuestión. Me permitiré, sin embargo, hacer algunas observaciones al señor *Libertario*.

Empieza éste su prudente réplica, diciéndome:

1.° Que me contradigo al consignar: «El anarquismo es un misterio. O mejor dicho, el anarquismo no es un misterio, para todo el que piense por cuenta propia.»

Esto no merece discusión, porque ya ve el señor *Libertario* que es una figura retórica, muy común en los sapientísimos doctores de la Iglesia.

Cuando yo tenía de 7 á 8 años, me llevó mi madre á confesar, y me preguntó el fraile si sabía el misterio de la Trinidad; contesté afirmativamente; me dijo se lo explicara, y le demostré, de modo concluyente, que uno eran tres y tres eran uno. El misterio quedó hecho trizas en un periquete y yo considerado como un sabio en ciernes por aquel santo varón.

2.° Que el anarquismo no tiene jefes, y que aspira á que todos nos respetemos mutuamente y no haya grandes ni pequeños. ¡Todos iguales!

La idea no puede ser más hermosa; pero me parece algo difícil en la práctica, y podemos esperar sentados. Sin embargo, Dios convirtió en ranas á nuestros antepasados por la acción del histórico diluvio, y bien pudiera ser que le diese otra rabieta y nos fundiera ahora como hierro viejo, convirtiéndonos en estatuas. Y entonces sí que podríamos vivir sin jefes y hasta sin camisa.

3.° «Que los anarquistas son más anticatólicos que los republicanos, como lo prueban con sus actos.» ¡Ay, amigo *Libertario*, qué razón tiene usted en esto! Hay muchos republicanos que pierden los calzones cuando oyen tocar á misa; y no se comen al fraile, por el tufillo que tiene á la madriguera, ni á los santos, porque son de madera ó de barro, concretándose á darles algunos mordiscos. Pero éstos son republicanos monárquicos que quieren la República en España y el rey de ella en el Vaticano. Se conocen por las rodilleras como los jumentos que tropiezan, y están excluídos, como extranjeros, del censo nacional republicano; y

4.° Que los actos de los anarquistas son individuales (¡lo mismo que ha dicho el señor Silvela!); y que cada uno se las arregla con sus propios recursos como mejor le parece.

Claro está que el anarquista en acción no puede recibir instrucciones ni recursos colectivos, dado que el partido, por una ley especial de la naturaleza, vive compacto y subordinado, sin jefes, directores, ni cosa equivalente. Y esto me da margen para repetir mi pregunta:

¿Quién sufraga los gastos del anarquista en acción, dado que son pobres artistas, aunque honrados?

Las órdenes religiosas viajan gratis y se hospedan gratis; pero esto es debido á la gracia de Dios y á la del gobierno, que presupuesta para tan sagrada atención 25.000 durejos; gracia que por sus pecados no disfrutan los anarquistas.

Y vamos á casos prácticos en la época presente:

Lincoln es asesinado en los Estados Unidos, después de abolir la esclavitud.

El emperador de Rusia, Alejandro 2.°, publica un decreto libertando á 5.000.000 de siervos, haciéndoles al mismo tiempo propietarios, á costa de sus dueños, la nobleza y el clero. Y el magnánimo emperador es asesinado.

Carnot, presidente en Francia, sufre igual suerte, después de la ley de expulsión de los jesuítas. En las iglesias estallan varios petardos, sin más consecuencias que los sustos. Los clericales apostrofan al gobierno, y su presidente, Floquer, dice:

—El gobierno deplora, como sus señorías, los incidentes ocurridos en las iglesias, y si se repiten las cerrará todas, para evitar sacrilegios y desgracias.» Y no estallaron más petardos.

Cuando más críticas eran las circunstancias en España, más exigía el elemento religioso. «La Trasatlántica pide el elevar sus trasportes al máximun. (Casi al doble). El obispo de Madrid pide edificio para Seminario, se le entrega, lo devuelve y exige por él 10.000.000. Cuatro generales cargan con las cenizas de san Isidro, para que Dios incline la regadera sobre España. Los paules y paulas, piden se encarguen de la *administración* de los hospitales militares (sin obligación de rendir cuentas) las hermanitas de la caridad, petición pendiente desde 1875. Las beatas y beatos catalanes piden el restablecimiento del obispado de Solsona y los de Aragón el de Barbastro. El arzobispo de Cuba pide el relevo de Martínez Campos; y las comunidades de Filipinas el de Blanco, porque no fusilaban ni confiscaban bastante, para la iglesia de Dios. Y presentan los respectivos candidatos, Weyler y Polavieja.

La luna hubiese pedido el clericalismo, si Cánovas no hace uso de sus energías, y les da con la puerta en las narices. Y Cánovas es asesinado por un italiano, que no había recibido agravio alguno de su víctima.

La casa de Saboya realiza la unidad italiana; suprime la Inquisición y los diezmos y primicias; señala al Papa 50 millones de reales anuales, como indemnización; eleva á Italia al primer rango, y ahoga, hace dos años, el alzamiento clerical. Y Humberto, el rey más demócrata de Europa, es asesinado.

En París se lanza una bomba en el Congreso, representación del Pueblo, y otra en un café público. En Barcelona se coloca una bomba en un paseo y otra en un teatro, donde asistían al espectáculo recreativo individuos de todas las clases sociales. Era día de gran fiesta para los católicos, día de la Concepción.

Y *El Siglo Futuro*, decía cinco días después:

—No se cansen las autoridades en buscar la mano criminal que ha arrojado la bomba en el Liceo, porque ha sido la Providencia, en venganza de los virtuosos frailes asesinados en Barcelona por los malditos liberales en 1835.»

¿Qué le parece esto al señor *Libertario*? Me dice que ignoro lo que es anarquismo, y es verdad, lo ignoro; pero me parece que el señor *Libertario*, envuelto en su buena fe, ignora también los fines del anarquismo práctico.

Ahora bien:

¿Acepta como suyos el anarquismo los hechos enumerados?... ¿Sí?... Pues el anarquismo es reaccionario, porque asesta sus golpes contra los hombres que se inclinan al bien del Pueblo, contra las reuniones liberales.

¿No los acepta?... Pues el anarquismo no ha hecho ni hace nada por salvar á la humanidad, según sus creencias. Y debe ser el principal interesado en que se tire de la manta, para que los criminales, tanto impulsores como ejecutores, que á su sombra defienden los intereses reaccionarios, salgan á la publicidad y el Pueblo los juzgue.

Y queda, por mi parte, terminada esta polémica.

MERCURIO

29 Septiembre 1900.

¡AY DE MÍ!

Enfadada la *Epoca* por haber combatido *El Imparcial* el proyecto que abriga el ministro de Gracia y Justicia de entregar las cárceles á los frailes, dice entre otras cosas:

«*El Imparcial* es muy dueño de pensar como guste en materias religiosas y políticas; pero nos permitimos creer que no son los conservadores los llamados á hacer ministro al señor Nakens ni á inspirarse en las doctrinas de EL MOTÍN.»

Pues si los conservadores no son los llamados á hacerme ministro, me moriré sin serlo, como siempre he pensado.

Más inconvenientes había de encontrar mañana entre los míos para ocupar cualquier cargo, que entre los mismos monárquicos si hoy les dijera: «Me voy con ustedes.»

¡Horror! Un hombre que se burla de la burra de Balaam y de sus descendientes directos, que no va á misa, que no confiesa ni siquiera una vez al año por Pascua florida, que no empuña como cualquier concejal la vara del palio en las procesiones, que no cree en milagros ni en misterios, ni lleva ningún escapulario al cuello, ni se persigna á cada relámpago, ni se encomienda á santa Bárbara á cada trueno, ¿un hombre así alcanzar un puesto de importancia entre los republicanos? Imposible. Sería atraer sobre el partido la cólera del cielo.

Y convencido yo de esto, me resigno con mi suerte, y á no ser ministro en este país donde tanto incapaz lo ha sido, lo es, y lo será.

¿Qué hemos de hacerle? La culpa trae aparejada la pena, y yo soy culpable de haber hecho en público alarde de mi falta de creencias. Me hubiera burlado de ellas en privado, como los más fervorosos creyentes, y otro gallo me cantara.

Porque, aunque yo lo eche á broma por no dar mi brazo á torcer, es muy triste esto de convencerse de que no llegará uno... ni siquiera á ministro.

EL RECLAMO

El reclamo tiene una fuerza inmensa, extraordinaria, colosal, irresistible, es cierto é innegable; pero tiene la fuerza para lo absurdo, para lo increíble, para lo sobrenatural, para lo contrario á las leyes físicas y fisiológicas.

Utilícese el reclamo en España para extender la idea de que mientras haya doce millones de hombres que no saben leer y escribir, padeceremos á Sagasta ó á Silvela y perderemos Colonias y nuevos mundos si nos los regalasen, é iremos á la zaga de la civilización, y se verá el resultado que produce. El resultado sería el apedreamiento universal de tales apóstoles.

En cambio que salga cualquiera por ahí diciendo que ha descubierto el movimiento continuo, ó que ha inventado el modo de que los hombres paran, ó que ha penetrado hasta las entrañas de la tierra y allí topó con el secreto de la piedra filosofal, y tendrá huestes, partido, creyentes, religion, adoradores, esclavos.

LUIS MOROTE

En Cuenca hace unos días, y en Calatayud, y en Albacete, ha habido motines mayúsculos, estando en un tris que no apiolasen los vecinos á unos cuantos guardias civiles.

—¿Por ver desconocidos sus derechos, ó ultrajada su dignidad? Gracias á Dios (frase hecha), que el pueblo ha despertado. Ahora verán los que...

—Pare usted el carro, amigo. Ha sido por incidentes ocurridos en la plaza de toros.

—Me ha reventado usted.

—¡Pues no es usted poco tonto! ¿De dónde ha sacado que el pueblo español puede comprometer actualmente por otra cosa su libertad ó su vida?

Despotismo moderno

Estaba reservado á los *regeneradores* de la nación española, el planteamiento de un estado excepcional en alguna parte de la península, que bien puede calificarse de despotismo moderno.

A esos modernos nerones corresponde la clasificación de los ciudadanos españoles en castas. A ellos les es dado dividir á su antojo á los habitantes de ciertas provincias en libres y en esclavos. Ellos son los que, amparados en un régimen desacreditado, caduco y fuera de tiempo, se permiten ahogar los gritos de angustia que por doquier lanzan las víctimas que producen con su desatentada administración, con su desgobierno, con su despilfarro en la Hacienda pública.

Pues ¿qué significa el que esos *regeneradores* aumenten los gastos en los respectivos presupuestos, carguen los impuestos al contribuyente, concedan á granel cruces y pensiones á la fuerza armada, sean pródigos con el clero, amparen á las órdenes monásticas, favorezcan al caciquismo, fomenten la división entre las regiones, no se cuiden de aminorar las crisis que sufren las fuentes de producción, amordacen la prensa, y por toda solución á las cuestiones obreras se les sugiera solamente lanzar contra ella la fuerza?

¿Es esto gobernar un país constitucionalmente? ¿Es justo que pueda existir una sola provincia en que los ciudadanos estén privados del uso que permiten las leyes y consigna la Constitución del Estado? ¿Es racional que una parte del país esté constantemente en estado excepcional, sin razón que lo abone ni causa que lo justifique? Porque, vamos á ver, ¿es motivo suficiente que, porque puedan existir en una localidad cualesquiera unos pocos que falten á las leyes, se establezca un estado excepcional para todos los habitantes de un pueblo ó de una provincia? ¿Para qué sirven entonces los códigos? ¿Será de juicio sereno, de proceder recto, de cumplidor de la ley, que por haber por ejemplo uno que robe ó asesine, se encarcele á todos los individuos ó se condene á pena capital á todos los que moren en el lugar donde haya tenido efecto el delito?

Ya que las leyes se han escrito para que los ciudadanos de la nación puedan desenvolverse en lo que afecta á la vida humana, á la vez que hacer uso de los derechos que en las mismas se consignan, es injusto, es ilegal, es un oprobio para todo gobernante y para todo gobernado, el planteamiento de estados escepcionales que pugnan con la civilización moderna, y que contribuyen al desden con que nos miran las naciones extranjeras. Cuando todas las razones que exponemos no fueran suficientes para que cesara esta anormalidad en que se ve obligada á vivir una parte de la nación, debiera serlo bastante la consideración que á nosotros nos inspiraría gobernar un país por medio de la fuerza bruta y sin derechos para el ciudadano; pues ello demostraría elocuentemente, ó que aquí aún estamos por civilizar, ó que éramos unos gobernantes completamente ineptos y en consecuencia incapacitados para las funciones que se nos hubieran confiado.

En un país donde hay leyes que regulan todos los funcionamientos del Estado, y éstas deben cumplirse y acatarse por todos los ciudadanos, cualesquiera que sean su categoría y su clase, regir de una manera asaz despótica á un país, es cruel, ridículo y vergonzoso.

La misión del gobernante es más alta: ella le impone el deber de repartir las cargas públicas equitativamente; ella le obliga de una manera sagrada al respeto y cumplimiento de las leyes á todos por igual; ella le sujeta á que procure por todos los medios que aconsejan la razón, el engrandecimiento del país y el bienestar de los ciudadanos; separarse de esta norma es contribuir al desquiciamiento y pobreza de la patria. Y cuando no se reunen ó poseen las cualidades que son menester para ser por lo menos un regular estadista, se abandona el gobierno y se retira uno á la vida privada. Tal debieran hacer esos *regeneradores*; que no se regenera un país, ni con disposiciones draconianas, ni con este estado que calificamos de despotismo moderno.

Tenemos perfecto derecho á vivir la existencia de la civilización y de los pueblos modernos, que no en balde se batieron nuestros padres por la libertad, por la Democracia y la República, para que á la postre se nos obligue á vivir bajo un despotismo más ó menos encubierto, pero despotismo al fin, ya sea bajo la férula del sable ó del hisopo.

Queremos vivir la vida racional y humana á que nos da derecho el progreso y la justicia, por cuyos ideales luchamos, y lucharemos hasta verlos sólidamente implantados en nuestra desgraciada patria.

EMILIO GARRIGA

Hace unos cinco años, una pobre negrita prestaba servicio de día en una factoría de Fernando Póo y por las noches en la residencia de los frailes misioneros.

Señaló á uno de ellos como padre de un hijo que tuvo, y un día el acusado y un lego la cojieron en la playa, le dieron una gran paliza de bejucazos en el vientre, y creyéndola muerta la abandonaron en un manglar.

Un europeo, francés, acertó á pasar por allí, vióla, la condujo á poblado, y hubo tiempo de recibirle declaración, carearla con los asesinos y oir su ratificación. A las 24 horas murió.

Se decretó la prisión del fraile y el lego, y aunque algo nominalmente, presos han estado mientras los cofrades de la propia ganadería trabajan aquí para echar tierra al asunto.

En el vapor correo *Ciudad Condal* acaban de llegar los dos criminales á España, y supongo que á estas horas se hallen en completa libertad.

Y si no lo estuvieren, uno mi ruego á los que han trabajado porque lo estén.

¿A dónde iríamos á parar, si aquí diéramos en prender á los frailes por nimiedades así? No habría cárceles bastantes para albergarlos.

Ya sé yo que eso podría remediarse construyendo noventa ó cien cárceles más de las dimensiones de la de Madrid...

Pero, francamente, no estamos para gastos.

LA GUERRA

La guerra puede definirse con una sola palabra: la violencia.

Un lobo hambriento encuentra un corderillo en el bosque; se echa sobre él, le mata y se lo come. Esta es la guerra; porque para que haya guerra no es necesario que la fuerza de los combatientes sea igual. Es una gran condición para la guerra el ser mucho más fuerte que el adversario.

Otro lobo encuentra al matador del cordero. Quiere coger la presa, gruñe y enseña los dientes. Se entabla la lucha entre los dos lobos; también esta es la guerra. Porque no es preciso que los dos combatientes sean de distinta especie ó familia para que haya guerra. Los hermanos se baten entre sí sin piedad.

Llega el hombre á su vez; quiere castigar al lobo que le comió el corderillo. Con su bastón, su machete ó su carabina entabla la lucha; también esta es la guerra.

Es posible que el derecho esté de parte del hombre y no de parte del lobo. Pero no es porque el hombre tenga razón por lo que matará al lobo, sino porque tiene más fuerza. Aunque no tuviera razón triunfaría, porque es el más poderoso.

Esta es la esencia de la guerra: asegurar el triunfo del más fuerte, no del más justo.

CARLOS RICHET

«Celebrábase la festividad de San Justo, en Páramo, concejo de Teberga.

Como es natural en las romerías, un chico dió un abrazo á una rapaza.

Ver esto el cura de Barrios y sentir envidia, dicen las mozas de allá que todo fué uno.

Enzarzáronse á *piñes* el cura y el mozo; sacó aquél un crucifijo, digo, un revólver; armóse el gran escándalo; corrió el cura tirando tiros delante del pueblo amotinado, y no pasó más.

Es decir, al cura todavía no le salió el susto del cuerpo, y á *les rapaces* teberganas aún les retoza el cuerpo cuando se acuerdan de la *corrida banda* que le dieron al clérigo.

¡Cómo está el mundo!»

Esto, aun cuando lo dice *La Aurora Social* de Oviedo, me cuesta trabajillo creerlo.

Comprendo que los seglares tengamos envidia á los curas por cosas de estas. ¿Pero ellos á nosotros? Sería un contrasentido.

SEAMOS IMPARCIALES

De *El Nacional*, periódico monárquico:

«En 4.000 se calcula el número de cañonazos disparados en los puertos de Galicia solamente, amén de otros ruídos de menor cuantía, como bombas, cohetes, etc.

Cada tiro de éstos cuesta, por lo menos, 60 ú 80 pesetas; de modo que sólo en Galicia se han gastado unos 56.000 duros en hacer ruido inútilmente.

Por economías de menor utilidad se han levantado en las Cámaras terribles tormentas y pronunciado discursos larguísimos y elocuentes.»

Sí; pero era cuando no pertenecían á ellas republicanos tan sensatos y prudentes como los que hay ahora, y á los que les tienen sin cuidado tales pequeñeces. ¿No es el país quien ha de pagar eso? ¿Pues que tienen ellos entonces que ver en el asunto? ¿Acaso han venido á las Cámaras á ocuparse de los intereses del país?

No hay que sacar las cosas de quicio batallador colega.

Se proyecta llevar los frailes á los presidios y las cárceles, no como yo los llevaría, atraillados, sino para que ocupen el lugar de los empleados actuales.

Si un día me archivasen en la cárcel estando ya ellos, ¡pobre de mí!

Una advertencia. Si el proyecto sale adelante ¡ojo con los flaminios! Porque sería horrible que se deslizase alguno entre ellos.

Recuerdo que el superior del convento de Citeaux se disculpaba de sus hazañas estéticas, diciendo que las realizaba para castigar á los niños por las faltas que cometían, y me horroriza la idea de que pudieran los frailes adoptar ese sistema y esa disculpa en las cárceles y presidios de España.

Presbíteros valientes

El Urbión, importantísima revista órgano en la prensa de la *Asociación sacerdotal* de Barcelona, ha sido objeto de tan ruda persecución por parte de los obispos, que ha dejado de publicarse.

¿Cuál ha sido su delito? Describir admirablemente el estado ruinoso á que han reducido á la Iglesia los obispos y los jesuítas con sus torpezas y sus malas pasiones, el orgullo, la avaricia, la ambición desmedida de terreno dominio y de medro personal.

En la revista como en la *Asociación*, hay presbíteros de ilustración vastísima y de conducta irreprochable, lo peor que puede ser un sacerdote para sus superiores gerárquicos.

Pey Ordeix, sobre todo, no puede esperar perdón, ni aire respirable del episcopalismo y del vaticanismo imperantes: los ha retratado de cuerpo entero como nadie, los ha puesto en la picota, ofreciéndolos al odio y á la befa de los buenos y de la opinión sensata, y esto no se perdona jamás en la Iglesia; la herejía, los vicios, la crápula, el robo, el adulterio, la ignorancia, el estetismo, sí; decir la verdad como él la dice, no.

A continuación, para que mis lectores los saboreen, trascribo algunos párrafos del folleto de Pey Ordeix, *Un edicto de pronóstico reservado* (el edicto de condenación que Roma acaba de confirmar):

«Nos hemos comprometido á impedir que salga adelante el sistema de administración eclesiástica que ha hecho de la Iglesia española sala de banquete de sobrinos, favoritos y simoniacos; acusación espantosísima sostenida públicamente, no por los Ferrándiz y Sarmientos, no por los Nakens y Blascos, sino por el íntimo amigo y gran protector del obispo Morgades, don Damián Isern, (de la Academia de Ciencias Morales y Políticas, pidalino corriente, exdirector de periódicos católicos y fervientes,) en su libro *El Desastre Nacional*. Allí nos cuenta el famoso director de *La Unión Católica*, que en España hay obispos que han levantado cuantiosas fortunas, olvidando en sus testamentos deberes esencialísimos y aún la liquidación de cuentas con el Estado.»

»Venga de Roma un visitador apostólico y ábrale el Estado el archivo del Tribunal de Cuentas *y yo me encargo de probar documentalmente que varios obispos* HAN ROBADO AL ESTADO MUCHOS, MUCHÍSIMOS MILLONES *de pesetas*. Venga ese visitador, y yo iré presentando las listas de cargos espantosísimos que pesan sobre la negra conciencia de gentes que se llaman sacerdotes *y que tienen por oficio robar* bajo la capa de santidad y religión.»

«Esto sucede en España, donde las cuatro quintas partes del clero enseñan los huesos de la miseria y se ven obligados á ejercer de lacayos á caciques y ricachones. ¿Y eso hemos de tolerar? No, porque es intolerable.»

«Cuando en todas las conversaciones se oye decir el nombre del obispo que para conseguir la mitra dió cinco mil duros al dinero de San Pedro, diez mil al Prelado diecesano para auxiliar al culto, y otras sumas á otros hasta la cantidad de *ochenta mil* duros (¿sería Morgades?); cuando se explica que al saber ese individuo que el señor Plá y Martí era el preferido, le acusó de antidinástico al ministro de Gracia y Justicia; (siendo él más antidinástico, ¿verdad?) cuando son del dominio público chascarrillos como el que le pasó (á dicho señor de los ochenta mil), al querer disuadir al obispo Catalá de aceptar la sede de Barcelona porque, le decía, esta ciudad era una Babilonia, mientras él solicitaba la vacante en el Ministerio; cuando todo eso se dice y mucho más se sabe y las consecuencias en el pueblo no las percibe el interesado, sino que las sufrimos nosotros sin haberlo comido ni bebido, ¿será consejo

Ayuntamiento de Madrid

Dios y virtud cristiana el callar y esperar la justicia en el Valle de Josafat, ó será bellaquería torpe complicidad?»

«Levanta palacios el cardenal de Urgel, y hay su obispado muchos curas que se mueren de hambre; compra posesiones en Ibiza el obispo Cardona; adquieren fama de millonarios Herrera (obispo de Santiago), Cos, Morgades y otros, y en Barcelona y en toda España vemos á muchos miles de hermanos nuestros hambrientos, y sobre hambrientos ultrajados y escupidos por sus obispos... ¿Qué más? ¡Hay tanto por decir!...»

«He visto los *Boletines eclesiásticos* convertidos en vehículo para recomendar las ceras del sobrino, como servirán mañana para recomendar la escuadería del hermano hasta que se confundan con periódicos mercantiles donde se explota el anuncio, la esquela y el *chantage*.»

«Contra esa gangrena que está devorando el cuerpo de nuestra Iglesia, sus autores nos prescriben el silencio, mucho silencio, para que no se alborote el pueblo y puedan los ladrones proseguir pacíficamente su tarea; y porque nos levantamos á gritar, pues no queremos consorcio, paz, ni comunión con sus latrocinios y vergüenzas, ni aun con el silencio mejor pagado, viene el obispo de Mallorca á condenarnos diciéndonos *que abusamos desmesuradamente de la libertad de imprenta* y nos levantamos contra las cosas divinas, como si de Dios y no del demonio del fariseísmo procediesen tales iniquidades.»

«Por espacio de cuarenta años ha callado el pueblo español y ni una queja ha proferido el clero: ¿cómo le ha pagado tanta paciencia el Episcopado? Con la constante amenaza de anatemas, con el *nominor leo* (me llevo la parte del león) calificando su episcopal cinismo con el satánico: *¡Bienaventurados los que poseen!* proferido por el mismo obispo que en una pastoral mandaba predicar á Cristo crucificado.»

«El señor Morgades tenía valor para decirme que *las reclamaciones contra las injusticias episcopales debíamos aplazarlas para el día del Juicio final.*»

«¿Se comprende el valor de esta sátira? Cuando hay en Barcelona un prelado que así habla, es inútil que los librepensadores traten de erigir un monumento á Voltaire. Una estátua del obispo con la inscripción *Beati porridentes* llevando en una mano á Cristo clavado en la cruz, sería la más infernal sátira contra el Evangelio y acabado símbolo de Julio el apóstata.

«Ahora dicho esto, véase si combatimos al sacerdocio digno, ó si es que atacamos á los ladrones y fariseos de todas las categorías.»

SEGISMUNDO PEY ORDEIX

¡Qué tal el presbítero, se explica bien! Sinceridad, verdad, noble entereza, viril indignación; todo esto hay en esos párrafos.

Sospecho que Roma va á pagar muy caras las complacencias contra justicia que tiene con los obispos y sus complicidades con los jesuítas. Y ¡ay de ella el día que los sacerdotes de valía se convenzan de que su propio mérito les atrae la persecución! Se unirán para combatir y entonces le habrá llegado á Roma la hora de exclamar: ¡Adiós mi dinero!»

Malo es que se haya encentado el melón.

Ya están levantadas las garantías constitucionales, y yo muy contento.

No por lo que interesa al periódico, sino porque ya los señores del Directorio republicano, que no se atrevieron ni á publicar el Manifiesto por estar suspendidas las dichosas garantías, se lanzarán valerosamente á todos los peligros!

¡Pobre monarquía! Tus días están contados.

Reacción ignara

El ministro de Gracia y Justicia ha insinuado en su discurso de apertura de tribunales la idea (que viene acariciándose hace tiempo) de confiar á ciertas órdenes religiosas el régimen y gobierno de los establecimientos penales. Dados los antecedentes y los compromisos del marqués del Vadillo, no es de extrañar ese propósito, ni nos asombraría su realización, á pesar de que la tal idea tropieza con las lecciones de la experiencia y de la ciencia. La práctica y la teoría rechazan á la vez esa nueva confusión de fines sociales, de la que sólo pueden resultar obstáculos para la obra de la justicia y desengaños para la obra de la regeneración de los criminales.

El famoso establecimiento de Alcalá, sin citar otros, está ahí para la demostración empírica de que el penado no se regenera, ni se enmienda, ni se corrige bajo la influencia de un personal consagrado á la vida religiosa, siquiera tenga ese personal el ascendiente suave y prestigioso de hermanas de la Caridad. ¡Las reclusas de Alcalá vuelven! Ahí es la triste realidad que las estadísticas ponen de manifiesto. Las reclusas de aquel establecimiento penal, primero que se confió á una orden religiosa, observan muy buena conducta dentro de la casa, cumplen á maravilla los preceptos religiosos hasta con exceso de piedad; pero una vez cumplida la condena y puestas en libertad, vuelven á las andadas, y siguen hurtando y robando como antes, siendo de notar la reincidencia en los delitos contra la propiedad.

La teoría explica perfectamente esos datos de la experiencia. El fin de la justicia, tal y como le consagran las leyes vigentes en España, ante las cuales, mientras no se reformen, todo el mundo, sea seglar ó eclesiástico, ha de doblar su frente, es una cosa enteramente distinta del fin religioso.

Esa misma distinción está consagrada por la ciencia del derecho y por la moderna sociología. Ni el juez tiene aptitud para ocuparse de la salvación de las almas, ni el fraile ó la monja la tienen para la aplicación del Código penal y el cumplimiento de las sentencias en las penitenciarías. Suponiendo que esos establecimientos no sean más que casas de corrección y de enmienda, á pesar de que subsisten las llamadas penas aflictivas, y de que está en pleno vigor legal el régimen del *castigo*, no son las comunidades religiosas las más aptas para llevar á cabo esa obra de corrección y enmienda, cuya complejidad requiere el concurso de la medicina y de la antropología, ciencias ajenas por completo al fraile y á la monja, á quienes no se alcanza una sola palabra acerca del influjo decisivo y trascendental de aquéllas en la curación del *hombre delincuente*, cuando éste es susceptible de curación.

¡Cómo se reirían de nosotros los fundadores de establecimientos penales como el de Elmira (Estados Unidos), viéndonos entregar la obra de regeneración y curación de los delincuentes á frailes y monjas! ¡Cómo se reirían viendo intervenir la misa, el rosario, los sacramentos, donde ellos hacen intervenir á fuerza de dinero, constancia y abnegación, la gimnasia, la hidroterapia, el trabajo, la música, la instrucción, la higiene, la transformación de los hábitos e ideas del penado, la vida al aire libre, el conocimiento práctico de una ley penal, superior á la voluntad de los hombres, que en esta misma vida planetaria premia al bueno y castiga al malo! ¡Cómo se reirían también de nosotros en Alemania, en Francia, en Inglaterra, en todas las naciones cultas, que lo son precisamente por haber llevado á la vida social esa distinción de fines, que tropieza con tantos obstáculos en nuestra pobre España, agravada desde que la regencia se encargó de sus destinos!

¡Se reirían por eso, como están riéndose de otras muchas cosas... de España!

EL MERCANTIL VALENCIANO

Témese que el Ateneo de Madrid tenga que cerrarse por falta de recursos.

Me alegraría. ¿Para que sirve ya, si no sirve para combatir la reacción en nombre de la cultura!

CAUSAS Y EFECTOS

Hablando de lo que es actualmente la Iglesia católica española, escribe un católico de buena fe:

«El sensualismo más refinado va apoderándose del altar y del púlpito. En los templos de las poblaciones en que principalmente reina el convencionalismo, imágenes sensibleras, cintajos y avalorios, espejuelos y chirimbolos llenan las naves; música sensual de gorgoritos y gorjeos de fugas y de falsetes y pianos, de trémolos y *crescendo*, de tiples y barítonos; perfumes de benjuí y estoraque; no bastan el incienso y el tomillo y la hierba buena; hace falta el agua de Colonia y los perfumes de botica, gruesos felpudos en el suelo, tapices y damascos en las paredes, arañas de cristal y millares de luces; la concurrencia cargada de afeites, dejando rastro de almizcle las mujeres y planchados los varones.

Y cuando todo parece estar dispuesto para una bacanal psíquica en que todo habla á los sentidos y nada al espíritu, todo respirando molicie y nada religión, sube al púlpito el orador, hablándonos, en lenguaje florido, *de corazones que palpitan, de pechos que se abrasan, de labios sonrosados, de miradas de fuego, de abrazos inefables, de amor eterno, de deliquios, de pasmos, de suspiros, de bodas, de arrobamientos, de transportes, de sueños plácidos*... digámoslo de una vez, para vergüenza del pietismo moderno, de una verdadera saturnal en que los cuerpos están inmóviles, pero los espíritus se agitan, se revuelven, se abrazan, se besan y se entregan á una voluptuosidad que, no por ser menos grosera, deja de ser menos perjudicial.»

Leído esto, se explica perfectamente que la sensualidad viva hoy en dulce consorcio con la devoción, y que los templos estén llenos de señoras necesitadas de emociones que no encuentran en sus hogares. Salen de aquéllos con el corazón atestado de inefables ternezas; el diablo, que las acecha á la salida, las embiste furioso, ¿y qué ha de suceder siendo el espíritu débil y la carne flaca?

Corramos un portier.

El niño enfermo

Aquí me tienes ya, príncipe mío.
¡Cómo me gusta á mí verte contento!
—¿Que estás malito?.. ¿Un beso?.. ¡No uno; ciento!
Pero te abrigaré...—¡Si tienes frío!...

Toma este dulce.—¿N...?... ¡¡¡Lo quiere el tío!!!
¡*Utu* allá, que no es tuyo!—¡Bien!—Me siento.
Muy cerquita de ti.—¿Que cuente un cuento?...
—¿Aquel de la hormiguita que fué al río?...

—Era esta vez y vez una hormiguita.
Llegó á un pozo, á dos pozos, y á tres pozos
para lavar su ropa... (¿A ver?... ¡Durmiendo!)

—¿Que siga?... Sí, hijo, sí. (¡Fiebre maldita!
¿Qué cuento contaré, si los sollozos,
¡triste padre infeliz! me están ahogando?)

FRANCISCO RODRÍGUEZ MARÍN

REGRESIÓN, NO REGENERACIÓN

Somos los españoles, con pocas excepciones, tontos, cursis ó ridículos. Los que con *razones de peso* puedan protestar de semejantes calificativos, que alcen el dedo y nosotros rectificaremos con verdadero regocijo.

Siempre que oigo la palabra regeneración, evoco una tarde de invierno en que, por preservarme de la lluvia, entré en el Congreso de Diputados, y ¡mal rayo me parta! si no quedé de regeneraciones hasta el colodrillo.

Antes de pasar á otra cosa daré la sensación que me produjo la Cámara popular; figuráos una huerta plantada de repollos, brecoleras y coliflores, en donde por mera abstracción de mi fantasía, las hortalizas clasificadas por De Candolle, se movían y articulaban palabras de un vocabulario viejo, gastado, sin variante alguna, y os habréis figurado el lugar á que me refiero.

Declaración necesaria: soy reaccionario, y no creo en el *devenir* de las cosas humanas hacia sus formas más perfectas y menos violentas, no obstante creer firmemente en que Paco Silvela es peor político que Atanagildo, siendo éste godo de la decadencia y el otro estadista (!) de último modelo. Creo que Viriato y Amilcar Barca valieron más que Martínez Campos y que Weyler, y creo que la actual sociedad española es un timo perfectamente organizado y equidistante del bichear de la ronda de Embajadores y de las alhajas del ful de la calle de Carretas.

¡La leyenda! Siempre lo *leyendesco*. En nombre de ella recordábamos, no hace mucho, la tan celebrada frase de Francisco I: «Todo se ha perdido menos el honor», cuando precisamente lo primero que se había perdido era el honor, en la amplia acepción de esta palabra. Invocábamos el *pejor avis* del poeta latino y el

cualquier tiempo pasado
fué mejor

del rimador castellano, precisamente cuando las brutalidades de un siglo por excelencia salvaje, salvaje en sus descubrimientos y en sus procedimientos, venía á demostrarnos lo contrario.

Recordamos con nostalgia á Cánovas, que nunca fué estadista, ni literato, ni poeta, ni *ná*... precisamente porque el «monstruo malagueño» nos había hecho la... sautísima pascua, nos había molestado con su *Campana de Huesca*, y nos había dado soporíficas... latas con sus versos y sus prosas.

Y no hace mucho que un taumaturgo, charlatán si los hay, ofrecía el elixir que en la plaza pública vale un real, en tanto que en los establecimientos con puertas á la vía pública es imposible conseguirlo menos de dos pesetas. El taumaturgo vendió su elixir, y hoy está en la Presidencia del Consejo de Ministros.

El pueblo que no sabe leer, es ignorante hasta creer en el talento de *ese* que dedica sus ocios á masturbarse con sor María de Agreda; el pueblo puede creer facilmente en el de quien escribe con letra redondilla ó cursiva francamente española; el pueblo que aplaude al más fuerte, al que está rodeado de más soldados, puede gritar de nuevo «¡vivan las cadenas!»; aunque mejor que el pueblo, debería decir la plebe, el populacho, la amalgama indecente de la prostituta con la alcahueta, del raterillo con el licenciado de presidio.

Yo propongo la regresión, no la regeneración salmodiada por los Villaverdes y demás brutos gubernamentales. ¡Tiempos felices aquellos en que José María, el Bizco del Borje y Candelas hacían de las suyas en Puerto Lapiche, Venta de Cárdenas y Guadarrama! ¡Tiempos hermosos en que los estudiantes del mugriento tricornio y la capa deshilachada pedían la bienaventurada sopa á la puerta de los conventos!

Volvamos á ellos, y al menos tendremos interés para el *tourista* que al llegar á España encuéntrase con una nación ridícula, de guardarropía, zaguera de las demás naciones, sin nada clásico, con toreros de sombrero hongo, con golfas sin puñales en la liga, y con cafés cantantes donde el couplet francés alterna con la malagueña... que es el alma de España.

PEDRO GONZÁLEZ BLANCO

Dice *El Demócrata* de Novelda:

«Miren ustedes que tiene gracia la cosa.

Para poder yo contraer matrimonio con una prima mía, tuve que hacer muchos viajes, gastar mucho dinero en limosnas para San Pedro y *acusar á mi novia de una culpa que no tenía*.

En cambio, un *cuervo* del pueblo de Aspe, sin pagar *dispensa* de ningún género, se *casó* con su hermana, la cual no hace mucho dio á luz un robusto niño.»

Al decir esto, el querido colega ha olvidado que las leyes de la moral no obligan hoy á las personas religiosas como á las laicas.

Y por esta razón seguramente, no habrá el obispo de aquella diócesis tomado determinación alguna contra ese sacerdote, á pesar de que el hecho resulta un poquito anómalo, no por el hecho en sí mismo, sino por el parentesco tan cercano de las personas que en él han intervenido.

¡Y chín catachín!

EL SACRO MONTE

Hablando de ese privilegiado colegio clerical (Granada) dice un colega católico:

«El Sacro Monte es hoy un lugar de farsa, un centro docente donde no se aprende nada, una engañifa sagrada; que lo digan los muchos ignorantes como el párroco de Madrid, Antonio Soria, que de allí han salido. Esto ya es mucho; pero vamos, que si se supiera, por ejemplo, que allí dentro hay profesores estetas, aguardentosos, violentos, embusteros, escandalosos para sus discípulos y no poco ignorantes, sería ya el colmo.

Bueno; pues tenga usted cuidado, señor vicerector, y comprenda que lo que no se hace es lo que no se sabe, que hay un rum rum por la ciudad entre los estudiantes y se dicen unas cosas... y que el mejor día tira uno de la manta, viene el escándalo y ¡tableau!

Suponga usted que se saben ciertos sucesos ocurridos en un Carnaval, cuando se sublevaron los chicos y humillaron al fin á un superior de la categoría de usted, poco más ó menos, saliéndose ellos con la suya. Suponga que se hace pública cierta aventura del mismo superior, muy conocido de usted, con aquel joven de quince abriles, tan guapo, guapísimo, que ocupaba el cuarto número 113 de la crujía de León XIII, llamado Julio, natural de Utrera, cursante de Derecho, que an bien supo defender *su honor* contra las infamias del clerizonte catedrático, ¿qué sucederá?

Pues sepa que tenemos aquí un montón de referencias y una lista de siete excolegiales, hoy personas formalísimas, y de colegiales no menos serios, que están dispuestos á refrendarlas con su firma.»

A tan sustanciosos párrafos pone *El Baluarte* de Sevilla este comentario:

«Yo doy fe de lo que el colega dice. Conozco á varios colegiales que han cursado en el Sacro Monte ese, que se explican del modo siguiente:

«El que llega hecho todo un abogado, pero descolorido, ojeroso y pensativo, ese... dice que allí se está á las mil maravillas, y que se aprende mucho, mucho, más de lo regular.

El estudiante bastote, desaplicado, torpón, pero... independiente, salvaje, con más de hombre que de estudiante, ese... abandona el Monte Sagrado y habla pestes de él.

Como es natural, no se le cree. Porque dicen los padres:—¡Siempre fué muy desaplicado!

A lo que contestan los chicos:—Papá: ¡se dan allí unos cursos que Dios no los aguanta! ¡Bueno que se estudie, pero no tanto!»

No adivino ¡soy tan torpe! lo que ambos colegas quieren decir; pero confieso que me huele á chamusquina. Y si tuviera yo un hijo en condiciones de entrar en el Sacro Monte, juro por los frailes escabechados del 35, que no le dejaría vivir, no ya en Granada, en ningún pueblo de la provincia.

Con lo que se murmura del cabildo catedral... con lo que se susurra del colegio del Sacro Monte...

¡Hijo de mi alma! Me estremezco sólo al pensar que pudieras existir, y verte entre esas gentes!

En primera plana y con letras grandes, puso *El Clamor Zaragozano* varios títulos á un artículo, entre los cuales figuraba éste: EN TODAS PARTES CUECEN... *jesuitas*.

Al leerlo, me dió un vuelco el corazón; de alegría, claro es.

Pero ¡ay de mí, y qué poquito me duró el gozo! No querían decir que los cocían, sino que los hay en todas partes.

Y renegué de las frases hechas.

Igual que aquí

«La instrucción pública y la educación popular deben en los Estados Unidos su desarrollo y el alto grado á que han llegado, no á la atención oficial, sino casi en absoluto á la acción individual de muchos particulares.

Escuelas, colegios, universidades, museos, bibliotecas, etc., se fundan allí y se sostienen gracias á los cuantiosos donativos—hasta de millones de duros—que hacen con frecuencia, ya en vida, ya por testamento, los millonarios.

John Carnegie, que á los 13 años de edad era un chico de escasísima instrucción, sin un real, y que es hoy «el rey del acero», es uno de los capitalistas que más se distinguen por sus donativos para los fines indicados. Con destino á bibliotecas acaba ahora de regalar la miseria de seis millones y medio de duros, distribuídos entre más de cien pueblos de escasa importancia, con muy buen acuerdo; precisamente esas poblaciones, que son las que más desatendidas están de los gobiernos, deben ser las que con mayor reconocimiento reciban sus espléndidos donativos, pues así resultan más provechosos que no empleados en una biblioteca única de alguna gran capital.

En menos de diez años el rey del acero ha destinado á fines de instrucción ¡97 millones oro!

Como ya hemos indicado, Carnegie no ha heredado la cuantiosa fortuna que disfruta y que tan bien emplea.

Mozo todavía, aplicó su gran voluntad al estudio, robando horas al sueño, aprendiendo ya de hombre y cuando estaba asociado con Pullman, cuanto se refiere al arte de acerar el hierro.

Después, cuando ya supo cuanto le convenía, compró con sus ahorros algunos pozos de nafta, y más tarde fundó sus famosas *acererías*, en las que trabajan actualmente más de 50.000 obreros, que son las fundiciones más importantes del mundo y las que producen ganancias más colosales, gracias sin duda al sindicato que ha logrado monopolizar la venta del acero en América.»

¡Y pretendíamos vencer á la nación donde hay hombres que hacen lo relatado, nosotros, que dedicamos el dinero á los frailes, á la coronación de imágenes, á la usura y al papel del Estado?

Un país donde apenas sabe leer la sexta parte de su población, y aun la mayoría de ésta muy mal, no sólo será vencido siempre en lucha igual por una nación civilizada, sino que tiene perfecto derecho á la esclavitud.

LA SABIDURÍA DEL DOCTOR BOG

Había en Londres, bajo el reinado de Isabel, un sabio llamado Bog, que era muy célebre bajo el nombre de *Bogus*, por un *Tratado de los errores humanos*, que nadie conocía. Bog, que trabajaba en él hacía veinticinco años, no había publicado ni una sola página. Pero su manuscrito, puesto en limpio y colocado sobre un estantito en el hueco de una ventana, tenía nada menos que diez volúmenes en folio.

El primero trataba del error de nacer, principio de todos los otros. Se veían en los siguientes los errores de los niños y de las niñas, de los adolescentes, de los hombres maduros, de los viejos y los de las personas de diversas profesiones, tales como hombres de Estado, vendedores, soldados, cocineros, publicistas, etc., etc.

Los últimos volúmenes, aun imperfectos, comprendían los errores de la República, que resultan de todos los errores individuales y profesionales. Y tal era el encadenamiento de ideas en esta bella obra, que no se podía quitar una página sin destruir el resto.

Las demostraciones salían unas de otras, resultando ciertamente de la última, que el mal es la esencia de la vida, y que si la vida es una cantidad, se puede afirmar, con precisión matemática, que hay tanto mal como vida sobre la tierra.

Bog no había cometido el error de casarse; vivía en su casita con una vieja aya, llamada Kat, es decir, Catalina, y á quien llamaba Clausentina, porque era de Southampton.

La hermana del filósofo, de un espíritu menos transcendental que el de su hermano, habla, de error en error, amado á un vendedor de paños de la City, se había casado con él y dado al mundo una niña llamada Jessy.

Su último error había sido morirse después de diez años de matrimonio, causando así la muerte del vendedor de paños, pues no pudo sobrevivirla.

Bog recogió en su casa á la huerfanita por caridad y también con la esperanza de que le suministraría un buen ejemplar de errores infantiles. La niña tenía entonces seis años.

Durante los ocho primeros días que estuvo en casa del doctor, lloró y no habló nada. La mañana del noveno dijo á Bog:

—He visto á mamá; estaba toda vestida de blanco; tenía flores en un pliegue de su traje; las ha derramado sobre mi lecho, pero no las he hallado al despertar. Dame las flores de mamá.

Bog notó este error, pero reconoció en el comentario que hizo que era un error inocente y algo gracioso.

Algún tiempo después, Jessy dijo á Bog:

—Tío Bog: eres viejo y feo; pero te quiero mucho; tienes que quererme también.

Bog cogió la pluma; pero reconociendo, después de alguna reflexión, que no tenía aspecto de joven, y que no había sido nunca bello, dejó de anotar las palabras de la niña. Solamente dijo:

—¿Y por qué te he de querer, Jessy?

—Porque soy pequeña.

—¿Es cierto—se preguntó Bog—es cierto que hay necesidad de querer á los niños? Puede ser; porque, en verdad, tienen gran necesidad de que se les quiera. Por ese lado se puede excusar el común error de las madres, que dan á sus hijos su leche y su amor. Es un capítulo de mi Tratado que hay que revisar.

El día de su santo, por la mañana, el doctor, al entrar en la sala donde estaban sus libros y sus papeles, á que llamaba su librería, sintió buen olor, y vió un bote de claveles sobre el borde de la ventana. Eran tres flores, pero tres flores escarlata, que la luz acariciaba gozosamente. Todo reía en la docta sala: el viejo sillón de tapicería, la mesa de nogal, los viejos lomos de los libracos con su forro leonado, sus pergaminos y su piel de marrana. Bog se puso, como ellos, á sonreír. Jessy le dijo, abrazándole:

—Mira, tío Bog, mira; allí está el cielo—y mostraba, á través de los vidrios laminados de plomo, el azul ligero del aire;—y más abajo está la tierra—y mostraba el bote de claveles;—y entre los dos, los gruesos libros negros; el infierno.

Los gruesos libros negros eran precisamente los diez tomos del *Tratado de los errores humanos*, colocados en el hueco de la ventana.

Este error de Jessy recordó al doctor su obra, que descuidaba hacía algún tiempo para pasearse por las calles y los parques con su sobrina. La niña descubría en éstos mil cosas agradables, haciéndoselas al propio tiempo descubrir á Bog, quien no nunca había sacado la nariz fuera de sus libros.

Reabrió sus manuscritos, pero no se reconoció ya en su obra, en la que no había ni flores ni Jessy.

Afortunadamente la filosofía le ayudó, sugiriéndole la idea transcendental de que Jessy no servía para nada.

Se agarró á esta verdad, tanto más sólidamente, cuanto que era necesaria á la economía de su obra.

Un día que meditaba sobre esto, halló á Jessy ensartando en la librería una aguja ante la ventana en que estaban los claveles. Le preguntó qué iba á coser. Jessy le respondió:

—¿No sabes, tío Bog, que las golondrinas se han ido?

Bog no sabía nada de eso, pues no decían nada sobre tal asunto ni Plinio ni Avicena.

Jessy continuó:

—Kat...

—¿Kat?—gritó Bog.—¡Esta niña quiere hablar de la respetable Clausentina!

—Kat me dijo ayer: «las golondrinas han partido este año más pronto que de costumbre; esto nos anuncia un invierno precoz y riguroso.» Kat me lo ha dicho. Además he visto á mamá con un traje blanco, con una aureola en los cabellos, sólo que no llevaba flores como la otra vez. Me ha dicho: «Jessy, saca del cofre la hopalanda forrada del tío Bog, y recósela; está en mal estado.» Me he despertado, y en seguida he sacado la hopalanda del cofre; como está toda rota en muchos sitios, voy á recoserla.

Vino el invierno, y fué tal como lo habían predicho las golondrinas. Bog, envuelto en su hopalanda, con los piés cerca de la chimenea, trataba de enmendar ciertos capítulos de su Tratado. Pero cada vez que llegaba á conciliar sus nuevas experiencias con la teoría del mal universal, Jessy embrollaba sus ideas, trayendo una copa de buena cerveza ó mostrándole sus ojos y sus sonrisas.

Cuando volvió el verano, dieron tío y sobrina paseos por los campos.

Jessy traía hierbas, que ambos clasificaban por la noche según sus propiedades. Mostraba ella en esos paseos un espíritu justo, un alma encantadora.

Una noche, extendiendo sobre la mesa las hierbas cogidas durante el día, lo dijo á Bog:

—Ahora, tío Bog, conozco por sus nombres todas las plantas que me has enseñado. Estas son las que curan, y estas las que consuelan. Quiere guardarlas para reconocerlas siempre y para que las reconozcan otros. Necesito un libro grueso para que se sequen entre sus hojas.

—Toma éste—dijo Bog.

Y le dió el tomo primero del *Tratado de los errores humanos*.

Cuando el volumen tuvo una planta en cada hoja, tomaron el siguiente, y en tres veranos la obra maestra del doctor quedó completamente convertida en herbario.

ANATOLIO FRANCE

HABLA UN SABIO

—«En este país, exclama un eminente estadista de los destinados á salvar la

Ayuntamiento de Madrid

sociedad, no hay opinión formada, ni cuerpo electoral, ni virilidad alguna.

—Cierto—replica el naturalista;—y la explicación es muy sencilla aplicando los principios de la teoría darwiniana. Durante varios siglos, hemos quemado, desollado, enrodado y descuartizado en nombre del Rey á la mitad de los habitantes que se permitían pensar. Después hecho que, en nombre del rey y de Dios, perezcan en lejanas tierras todos los que, poco aptos para el pensamiento, se hallaban en cambio provistos de virilidad y energía. Y la cuarta parte restante ha sido transformada, siempre por la gracia de Dios y del rey, en canónigos, frailes, pajes y siervos.

Nosotros—añadiría el naturalista—hemos heredado todas las cualidades adquiridas ha ya luengos años por semejante sistema, y témome mucho que se procure ahora hacernos pensar por el mismísimo procedimiento que antes se empleaba para impedírnoslo.

Y suponiendo al naturalista en cuestión versado en las maravillas de nuestra clásica poesía, no sería extraño que recordara maliciosamente al político ordenancista aquellos conocidísimos versos de una poetisa inmortal:

«¿Qué humor puede ser más raro
que el que, falto de consejo,
él mismo empaña el espejo
y siente que no esté claro?

Dejo á vuestra consideración el efecto que esta consecuencia de la teoría darwiniana produciría en el ánimo del salvador de sociedades.

¿Comprendéis ya por qué las teorías que á estas conclusiones conducen no pueden ser bien recibidas? ¿Váis descubriendo las secretas causas de la violenta antipatía que ciertas doctrinas inspiran?»

Esto se llama discurrir con sentido común.

¡Pobre Laureano Calderón! Era uno de los cerebros más potentes y limpios en esta España de beatos sin meollo.

OROS SON TRIUNFOS

Escribe á *La Autonomía* de Reus su corresponsal en Tarragona:

«La hipocresía constituye el nervio de nuestra sociedad decadente, que agoniza bajo el peso del más ridículo de los convencionalismos.

En nuestra querida ciudad sobre todo, puede fácilmente el observador desapasionado comprobar la existencia del doloroso síntoma.

Aquí ocurren con frecuencia escándalos clericales, pero no hay cuidado de que de ellos se hable fuera del círculo de la murmuración particular; la prensa calla acerca de ellos como una muerta, y continúa estampando la frase de cajón: «el virtuoso prelado, el venerable sacerdote»... etc.

Los mismos corresponsales que aquí tiene la prensa de fuera, no se enteran de lo que ocurre ó no lo comunican, *cautamente* procediendo.»

¡Qué mala intención tiene ese corresponsal! ¿Pues no quiere que los periódicos den esas noticias, sabiendo que así perderían suscripciones?

La misión suya hoy no es decir la verdad ni ilustrar la opinión; es ganar dinero, ó, por lo menos, no perderlo. Y hay que dejarle que llenen su misión, aunque sea con vilipendio.

No hay conversación que se escuche con más gusto que la que gira sobre cualquier escándalo. Es verdad que las mismas personas que la escuchan lo censuran; que los labios de las devotas se fruncen desdeñosamente; que cada cual para justificarse lanza una santa palabra de desprecio sobre las mujeres que acaban de inmolarse á la malicia universal y á la necesidad de hablar del vicio y de los vicios; en fin, es preciso confesar que todos están dispuestos á absolverse del placer que causa la maledicencia, escupiendo sobre la víctima.

A LOS 19 SIGLOS

Párrafos del prólogo escrito en el libro *La gloire du Sabre*, de Vignè d'Octon, por Urbain Gohier. Dice éste, después de reseñar los horrores que sus compatriotas los franceses cometen en Madagascar, Tonkin, la Martinica y el Sudan:

«Si no os extremecéis de terror ¿qué lleváis en el corazón? Si no gritáis: «¡Basta!» ¿qué de humano tenéis y qué idea os habéis formado de Francia?»

«Ved esos oficiales que traen nuestro uniforme y lucen nuestra bandera, locos de alcohol, de vanidad, de apetitos inmoderados, tratando á nuestros conciudadanos como enemigos, cubiertos de sangre y lodo, llevando la matanza, el incendio, la violación y el robo por todo el vasto continente; unidos todos por pavorosa complicidad, convierten las regiones más ricas y florecientes en desiertos sin nombre, haciendo de las colonias populosa un montón de huesos carbonizados. ¡Seguramente los buitres deben seguirles los pasos!

Fusilan á sus propios coroneles antes que ceder una parte de sus robos. Persiguen y suprimen como traidores á los que la aversión y la repugnancia los detiene. Sobre las ruinas humeantes, sobre los cuerpos mutilados de las criaturas inofensivas que han degollado con la mayor sangre fría, redactan los falsos documentos, firman mentidas informaciones, envían á Francia el relato de victorias imaginarias, usurpan grados, cruces de honor; de la gloria se apoderan del mismo modo que han robado el pobre tesoro del reyezuelo negro. Son los más detestables bandidos que la tierra haya alimentado, después de los conquistadores de Méjico y del Perú. Deshonran Francia y su bandera. Y la prensa amarilla les fabrica una celebridad y el vulgo desvergonzado les decreta el triunfo.

«Mirad todavía detrás de ellos estos soldados negros, tiradores, auxiliares, miserables esclavos ayer, hoy verdugos de sus hermanos. Traicionan su raza; se han convertido en perros de caza del conquistador para obtener algunos huesos que roer. A la sombra de los tres colores, incendian, matan, torturan, sacian sus pasiones caníbales, revuélcanse en la sangre, inventan suplicios para los heridos, desgarran las carnes vivas de las mujeres y de las niñas antes de deshonrarlas. Venden, compran y vuelven á vender las criaturas humanas, los cautivos y cautivas que les distribuyen los oficiales franceses.

Por el territorio africano los haces de la república francesa abrigan todos los tráficos. Desde la captura de Samory y la dispersión de sus bandos, los oficiales franceses y sus esbirros son los únicos proveedores de los mercados de carne humana. Traen consigo *harems*, rebaños enteros de hombres y mujeres. Se deshacen de los viejos decrépitos y de los niños débiles; separan las madres de sus pequeñuelos, vendiendo las madres al Oeste por ciento cincuenta francos, y los pequeñuelos al Este por cuarenta sueldos

Al volver á Francia, después de haber ejercido de negreros y pagado sus deudas con el precio de la carne de esclavos, entran con la cabeza alta en las sociedades antiesclavistas, y presentan Memorias humanitarias en los concursos del Instituto de Ciencias morales.

«Y aquí lo peor. Al lado de estos jefes corrompidos y de estos soldados negros abominables, van los soldados blancos, los hijos de Francia. Son los hijos del pueblo, demasiado pobres para adquirir diplomas y licencias que reducen las dos terceras partes del servicio *igual para todos*. Para ellos el presidio colonial, las fiebres, la disentería, la anemia; para ellos la absenta y los alcoholes mortales, el desespero de las expectaciones interminables, la agonía ó la pérdida de los sentidos y del cerebro. No tienen la locura de los galones como sus jefes, ni son salvajes como sus compañeros indígenas; pero el exceso de sus sufrimientos y el triste desengaño de que los sacrificios tan heroicamente soportados no benefician para nada á la patria, les llenan de sombrío furor. Se abandonan á la crueldad, á la matanza. Ante sus ojos la vida humana pierde todo su precio. Y cuando el atroz cálculo de los gobernantes coloca prontamente el fusil en sus manos delante de los obreros, sus compatriotas, matan, porque han aprendido á matar. En la Martinica, la infantería de marina dejó en el suelo los cadáveres de veinte trabajadores; y es que los cadáveres ordinariamente les sirven de apoteosis.»

Cuando se habla de la bancarrota de la Ciencia, hay que soltar la carcajada. Para bancarrota, la de la religión.

A los 19 siglos de implantada y practicada la cristiana, los soldados de una nación católica cometen esos crímenes en las regiones que se citan, como los ingleses, alemanes y yankis protestantes, los rusos ortodoxos y los italianos y franceses católicos, los cometen en China.

¿Qué mayor prueba de que el cristianismo no ha modificado en nada las pasiones del hombre fiera?

Hay que buscar para la moral otras orientaciones que las religiosas.

¡Siempre las dos velas!

Copio de un artículo de *La Epoca* titulado: *Por qué se come mal en Madrid*

«Cualquiera que sea, sin embargo, la influencia de los Consumos en el precio de los comestibles, ¿qué tiene que ver esto con la enorme y sistemática defraudación en el peso y en la calidad? Cuando el vino, por ejemplo, no encuentra mercados en el exterior y se da en los centros productores á cualquier precio, ¿cómo se explica que en Madrid no se beba vino, á no ser pagándolo muy caro y buscando ciertas marcas, con razón acreditadas, y que por vino se expenda un brebaje que de todo tiene menos de zumo de uva? Ni siquiera se justifica esa conducta—si es que puede tener justificación un delito—por la necesidad de sostener precios baratos, toda vez que éstos han llegado á rebasar con gran exceso los precios medios habituales en Madrid.»

¿Que cómo se explica eso? De ésta única manera: Los que venden el vino, al igual que otros expendedores de otros productos falsificados ó averiados, son unos ladrones. Esto se lee entre líneas en el párrafo copiado, y esto es lo que yo había leído.

Pero ¡ay! me equivocaba, como lo demuestra este parrafito, puesto á continuación de aquel:

«Nada más lejos de nuestro ánimo que el creer que el comercio madrileño carece de condiciones de honradez. Pensamos lo contrario.»

Si lo entiendo, que se mueran en un día todos los frailes de España é islas adyacentes.

Decir que los comerciantes defraudan *en el peso y la calidad, enorme y sistemáticamente*, y á renglón seguido *creer que no carecen de condiciones de honradez*, es no salir de lo convencional, es encender las dos velitas.

A no ser que se le haya empastelado á *La Época* en la imprenta el último párrafo, que dijera sobre poco más ó menos:

«No carecen de condiciones de honradez, pero, son tan modestos, que obran en todos los casos como si no las tuvieran.»

Y ya con este parrafito, hubiera servido más fielmente á la justicia.

RECUERDO OPORTUNO

Cuando fué condenado á prisión perpetua Lucheni, el asesino de la emperatriz de Austria, escribió Lombroso un voluminoso trabajo, del que extracto lo siguiente:

«Esos criminales y esos parias por atavismo, son verdaderos asesinos filantrópicos, que por amor á la humanidad tienen la manía del asesinato.

Así se explica el por qué los criminales de esta categoría son tan numerosos en Italia, en que la miseria del pueblo es verdaderamente espantosa.

Italia gasta 1,90 francos por habitante y año en intrucción pública, al par que los Estados Unidos gastan 11,60 y Prusia 9,69.

La riqueza media es en Italia de 800 francos, mientras que en Holanda es de 8.000; la sal cuesta en Italia 400 veces su valor; el italiano puede consumir apenas 2,35 kilogramos de azúcar, al paso que el inglés consume más de 36.

El consumo de Italia, en general, viene restringiéndose de año en año, sobre todo en el último decenio, y especialmente en el de pan, ropas y artículos más indispensables.

El gasto medio anual de un italiano es de 275 francos, al paso que el del inglés llega á 600; así es que Scarpoglio dice, con razón, que el origen del anarquismo está en Italia, porque la quinta parte de su población vive en estado silvestre, habita antros que despreciaría un Papuan y se contenta con una alimentación que rehusarían los Bochimanes; por esto las masas reaccionan tan poco contra el crimen y sienten tan escaso horror por el asesino, que hay regiones en que la estadística registra 96 homicidios por cada 100.000 habitantes.

Así es cómo se explica que en Suiza ó Inglaterra, donde acuden tantos anarquistas de todo el mundo, el anarquismo no obra sino como un bólido que cae sobre la tierra desde regiones extraplanetarias, quedando completamente aislado y en contradicción con el mundo en que vive.

Es, pues, la extrema miseria de Italia la que hace fructificar el anarquismo, infeccionando hasta á los que no son desgraciados por sí mismos.

No está el remedio en quitar la vida á unos cuantos, pues con ello se satisfacen sus deseos, porque el asesino anarquista viene á ser un suicida indirecto, y por cada uno que muere germinan diez.

No hay que atacar directamente la plaga, sino modificar el medio ambiente, pues no se quita el foco matando unos millares de microbios, sino desinfectándolo.

En hacer desaparecer el foco debemos trabajar, si queremos conseguir una sociedad mejor.»

Valen más que nosotros

Dos órdenes religiosas más en puerta: la de Mínimos y la de la Preciosa Sangre de Cristo.

«España ya no puede más, esto es el acabose, el patrimonio del fraile, exclama con mucha razón un colega, católico aunque no frailuno. ¡Misioneros aquí! ¿Pues no habíamos convenido en que esta era la tierra de la Virgen, la nación más católica y la predilecta de los pontífices por su acendrada fe? ¿Y todavía necesita misioneros como un pueblo salvaje? ¿O es que ya están evangelizados todos los países que no creían en Jesucristo por no conocerle? ¿No teníamos aquí á los Paules encargados de misionar, según el Concordato, y contra el Concordato, á tantos otros frailes? Pues hay que traer más, aunque faltan allá en China y en la India y en la Cafrería. No lo entendemos ó lo entendemos demasiado.»

No es justo el periódico que tal dice. Si los echan de todas las naciones, ó no sacan en ellas bastante dinero ¿qué han de hacer los pobres frailes sino venirse á esta España tan explotable y tan imbécil?

Los sinvergüenzas no son los que vienen, sino los que los recibimos con los brazos abiertos, les damos dinero encima, les confiamos nuestros hijos y dejamos que se entiendan con nuestras mujeres.

Ellos son como siempre fueron. Nosotros hemos dejado de ser lo que en tiempos fuimos. Son, por lo tanto, más decentes que nosotros.

INTERESANTE

Los aficionados al vino que quieran por poco dinero ponerse como unos pellejos, vayan á Zaragoza, diríjanse á la calle de Bogiero, entren en la iglesia por la puerta principal ó por otra cualquiera, averigüen dónde está el despacho, cuélense en él, y pídanle el líquido al fraile que encontrarán allí sentado, que se lo echará inmediatamente con sus manos seráficas en un vaso de medio cuartillo, que sirve para todos los parroquianos sin lavarlo nunca; paguen *cinco* céntimos, si no quieren repetir, y échense á la calle.

Los que sostienen que las iglesias no sirven para nada, ya ven que se equivocan. Hasta en tabernas las convierten sus religiosos explotadores.

Cálculos estadísticos

De las 16.000 palabras que componen la lengua castellana, 5.400 proceden del latín; 1.800 de la lengua euskara; 1.600 del árade; 800 del gótico; 100 del hebreo; 100 del italiano; 100 de diversas lenguas del Nuevo Mundo; 50 del inglés; 30 del alemán; 20 del persa; 30 del sanscrito y 5.680 de origen desconocido.

De toda la raza humana, 500 millones de personas están vestidas; es decir, llevan trajes para cubrir su desnudez; 250 millones están completamente desnudas, y 700 millones no tienen más que ciertas partes del cuerpo cubiertas.

De ellos, 500 millones viven en casas, 700 millones moran en grutas y cavernas; 250 millones no tienen asilo donde albergarse, y viven, por decirlo así, al aire libre.

Yo no dudo ¡Satanás me libre!, de que todos los hombres somos hijos de Dios, y que él vela por todos.

Pero francamente, si no la tuviera tan arraigada, quizá vacilaría un poquito en esa creencia.

Setecientos millones de hermanos míos en Adán viviendo todavía en grutas y cavernas, y 250 millones más sin albergue, parécenme muchos millones de desgraciados en un mundo que vino Cristo á redimir con su preciosísima sangre.

Aunque vaya usted á saber si todo esto será necesario para que reconozcamos la bondad y la justicia de Dios.

En oscuridades más grandes dicen las gentes religiosas que ven claro.

Y en último término ¿á mí qué?

Ni á mis lectores tampoco.

NUESTROS DOMINGOS

«La tarde de ayer fué un modelo de nuestros domingos: ocho toros en la plaza, verbenas y bailes en los barrios, multitud de blusa y de pavero llenando las tabernas, los ventorros, los merenderos.

Un domingo modelo; sí, señores: bajo el cielo bochornoso y amoratado de Septiembre, el hormigueo de la multitud ébria y enloquecida invadía las calles populosas con su fragor de oleaje, con su griterío de pendencia, con sus canciones de borracheras y sus protervas musiquillas de suburbio de bodegón.

¿Espectáculo triste como ninguno! El domingo, el día bueno y sonriente que invita al reposo, á la paz, al afecto, es entre nosotros un día orgiástico y nauseabundo; un día de pendencias, de puñaladas, de sangre; unas cuantas horas odiosas durante las cuales surge descarnado el feroz instinto de la pelea.

Cinco hombres fueron apuñalados ayer; algunos han muerto, otros agonizan en el hospital. Toda esa sangre ha sido derramada en la taberna ó en pleno arroyo; pero cerca siempre de la taberna inspiradora.

¿No dice nada á nuestros regeneradores esta repetición del crimen callejero, este aterrador aumento de la criminalidad en un solo día?

No les dirá nada; no esperamos que se corrija y se reprima.

Seguirán como hasta hoy nuestros domingos *pintorescos*, con sus gritos de borracheras, con sus destrozonas musiquillas y con su enorme contingente de carne desventurada para el presidio y de carne exangüe para el hospital.»

Así resultan los domingos en Madrid, segun el *Heraldo*; y á fe á fe que no pueden ser de otro modo, habiendo tanto fraile, tanto cura, tanta monja, tanta escuela católica, tanta novena, tantas procesiones, tanto sermón, y teniendo autoridades tan celosas que denuncian y recojen á los periódicos que condenan todo eso.

¡Y ande la regeneración!

La corte de las Españas

Habla un ilustrado periódico conservador:

«Madrid es una población sucia. La limpieza está en ella de ordinario muy descuidada. Una tercera parte de su perímetro, y nos quedamos cortos, carece de alcantarillado, y éste no se halla en su totalidad en buen estado. Mil ochocientos pozos negros, mal construídos en su inmensa mayoría, constituyen otros tantos focos de infección, pues careciendo aquéllos de revestimiento interior, y hallándose muchos próximos á los viajes de aguas y á las minas de los pozos que utiliza el vecindario, dan lugar á filtraciones que se ponen en contacto con las aguas destinadas al consumo é impregnan el terreno de miasmas mortíferos. Las calles, estrechas; las casas, sin patios interiores de conveniente anchura para que penetren el aire y el sol; la población, hacinada en cuartos sucios, en los cuales no han entrado los albañiles desde que se construyeron, y al lado de esto el escaso amor que á las más rudimentarias reglas de la higiene muestran los madrileños, todo esto hace que resulten más lamentables y más perjudiciales la falta de limpieza y la carencia de alcantarillado.»

Pues si está así Madrid á los 26 años de restauración y á los cuatro siglos de ser corte de las Españas, ¿qué esperanza queda de que mejore, y menos ahora que está inficionada de frailes y monjas, como no sea variando de régimen?

Y cuenta con que los miasmas morales que aquí se respiran, son más mortíferos aún que los del alcantarillado.

Urge, por lo tanto, sanear á Madrid, señores republicanos del Directorio, que tan bien acomodados os halláis con el Padre Quieto.

LA ORACIÓN

El rezo, que por espacio de tantos siglos absorbió por completo la mente de las generaciones pasadas, fué considerado como una universal panacea en aquella tenebrosa noche de la Edad Media.

Más tarde, presidente absoluto de todas las acciones inherentes á su rutinario movimiento, miles de hogueras encendidas formando un conjunto horrible de misticismo y ferocidad, reflejaron en sus rojizas llamas el poder de aquella plegaria funesta.

Densas columnas de negro humo, elevándose en espiral, transmitieron al espacio el eco de los quejidos é imprecaciones que entrecortadamente brotaran de las bocas de desgraciados mártires víctimas del más abominable de los suplicios, maldiciendo á sus verdugos, que ¡hipócritas! con el rezo perturbaban el estertor de su agonía.

El rezo fué el poderoso auxiliar que en Flandes guiaba al combate á los feroces soldados del duque de Alba, y que, sancionado por la bendición apostólica, inauguró en los albores del Renacimiento una cruzada de exterminio contra la libertad de conciencia.

Los criminales labios de Catalina de Médicis y sus secuaces, pronunciaron esa oración, terrible fórmula con que se acompañó la matanza de protestantes en aquella infausta noche, llamada de San Bartolomé, iniciada en París, y que duró cuarenta días en toda Francia. Era el fruto de la primera intriga con que los jesuítas anunciaban su aparición en la escena como brazo impulsor del papado.

Para perpetuar su recuerdo se acuñó una medalla ensangrentada con los nombres de los que la patrocinaron, Catalina de Médicis, Felipe II y Gregorio VII.

Sería prolijo enumerar la influencia decisiva que hasta nuestros días ha ejercido como agente perturbador de la conciencia. Pavoroso recuerdo de una barbarie sepultada en las ruinas que abrió la fosa cavada por las supersticiones, sólo se ostenta cual pirámide de Egipto fosilizada por la destructora acción del tiempo, encarnación de un verbo completamente defectivo, en las soberbias catedrales edificadas sobre las ruinas de los dioses caídos.

Allí anida como el murciélago, condenado por una extraña ley de la naturaleza á no ver la luz del día, cegado por las tinieblas de su pasado, y condenado como él á lóbrega obscuridad.

Con el rezo, los legionarios de la fe han cometido todos los excesos imaginables; hasta en nuestros días han sostenido guerras de religión sólo parecidas á las que trajeron consigo las irrupciones bárbaras.

Con el rezo, en el fondo de infectas mazmorras, perecieron, sufriendo espantosos tormentos, los primeros apóstoles de la Reforma.

¿Cómo ha de ser dulce invocar un recuerdo tantas veces manchado con sangre humana y maldecido por la historia?...

Al Asia, engendro de calamidades, cupo la fatal suerte de ser la cuna de las viruelas, del cólera y de las religiones reveladas, foco de infecciones, región del fantasmagorismo ascético, suministro de sinsabores filológicos.

Mas, como al megaterio, le ha llegado la hora de su desaparición.

Su poder quedó desquiciado por el huracán arrollador de la ciencia.

A. LORENZO

El día 2 de los corrientes apostató de su orden el agustino fray Francisco Fabo, destacado en Marcilla (Navarra). Y un colega supone que se ha retirado porque vería en su convento cosas que no se compaginaban bien con los votos de humidad, castidad, pobreza y sobriedad que se hacen al abrazar las órdenes religiosas, con la soberbia de que los reverendos superiores están poseídos, con ciertas visitas frecuentes y detenidas que hacen en casas donde hay hermosas mujeres, y con aquellos noventa puros mensuales que cada reverendo recibía cuando dominaban en Filipinas, y todo el tabaco en picadura que necesitaban, amén de otros regalos y cosas que entraban en el convento de Marcilla.

Ese expadre Fabo es un inconsecuente. ¿Qué iba buscando, sino eso, al entrar en el convento? Y si lo ha encontrado ¿por qué se ha ido? Porque no lo creo tan infeliz, que supusiera que iba á encontrar en el asilo santo las cualidades contrarias á esos defectos y las virtudes que excluyen esos vicios.

Si se despertaran en todos los frailes tales escrúpulos, pronto quedarían desiertas sus piadosas madrigueras.

Tolerancia. buenos padres, tolerancia.

LOS CRIMENES DEL CARLISMO

45 folletos.—**15 céntimos** uno

Colección completa, **5** pesetas franca de porte y certificada,

Para los suscriptores á EL MOTÍN **10** céntimos, cargándoles únicamente el certificado.

Pueden pedirse sueltos.

DIOS PATRIA Y REY

EPISODIO EN UN ACTO Y EN VERSO

ORIGINAL DE

JOSE NAKENS

¡OJO AL CRISTO!

EPISODIO EN UN ACTO Y EN VERSO

ORIGINAL DE

JOSE NAKENS

Y DICE EL SEXTO MANDAMIENTO

JUGUETE CÓMICO EN UN ACTO Y EN VERSO

ORIGINAL DE

JOSE NAKENS

Precio de cada uno: *1 peseta*.—Para los suscriptores á EL MOTÍN, *50 céntimos*.

Apostolado de la Verdad

FOLLETOS DE PROPAGANDA

A 15 céntimos uno, 10 para los suscriptores á EL MOTÍN

CRISTO EN EL VATICANO, por Victor Hugo.
LOS REYES CON MOTE, por «El Motín.» Con láminas.
LA INFALIBILIDAD DEL PAPA, Ó LA VERDAD EN EL VATICANO, discurso del obispo Strossmayer.
JUANA LA PAPISA, por Julio Fernández Mateo.
LA MUJER Y LA IGLESIA, por Id.
MÓNITA SECRETA, ó instrucciones reservadas de los jesuítas.
LA VISITA PASTORAL, viaje en tres jornadas y en verso, por un presbítero.
¿CUÁL ES LA RELIGIÓN DE JESÚS-CRISTO? Discurso pronunciado por un obrero en el círculo «La paz,» de Icaria.
CARTAS DE TAYLLERAND al obispo de Clermont y al abate Maury.
CARTA DE TAYLLERAND al Papa Pio VII.
POESÍAS MÍSTICAS, por autores renombrados, recopiladas por «El Motín.»
LA MENDICIDAD Y LA IGLESIA, por Laurent.

MADRID—IMPRENTA, ENCARNACIÓN, 4.

Ayuntamiento de Madrid